PEDRO MUÑOZ SECA

La barba de Carrillo

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa, original

TERCERA EDICIÓN

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

LA BARBA DE CARRILLO

LA BARBA DE CARRILLO

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid,
el 18 de setiembre de 1918

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana 11, dup.°
TELÉFONO, M 551
1918

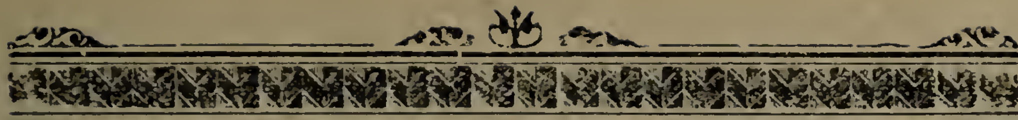
A S. M. el Rey Don Alfonso XIII

que honró con su presencia el estreno de esta obra.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
OROSIA	Sra.	Alba.
AURELIANA		Jiménez.
EXALTACIÓN	Srta.	Carbone.
SILVIA	Sra.	Mesa.
MARINA		Andrés.
AURORA		Villa.
SERAPIA	Srta.	Caba.
RAIMUNDA		Redondo.
FILOMENA		Lobo.
MANOLITA		León.
BERTA		Rey.
LUTGARDA		Jimènez (J.)
PLÁCIDO	Sr.	Zorrilla.
MODESTO		Bonafé.
PELAYO		González.
PASQUÍN		Asquerino.
BENITO		Espantaleón.
VILLAMIL		Riquelme.
COSME		Moreno.
MATÍAS		Caba.
ESPINA		Valle.
MARTÍNEZ / CEBRIÁN		Pereda.
CHISPITA / TRASPUNTE / PINILLITA		García.
GONZÁLEZ / TORRES		Insúa.



ACTO PRIMERO

Despacho en casa del notario don Plácido Carrillo. Puerta con mampara en el primer término del lateral izquierda, dos puertas en el lateral derecha y un balcón con cristaleras en el foro. A ambos lados del balcón sendos estantes y en ellos perfectamente ordenados y numerados los legajos del protocolo. Hay en escena dos mesas de despacho; una amplia y sencilla a la izquierda, y otra lujosísima entre las dos puertas de la derecha. Ambas mesas con recado de escribir, libros y profusión de papeles. Un gran almanaque marcando el día 2 de noviembre de 1918. Un par de butacas cerca del balcón y varias sillas de cuero completan la decoración. La acción en Madrid, en el día indicado y a las tres de la tarde. Izquierda y derecha, las del actor.

—

(Al levantarse el telón están en escena PLACIDO y MODESTO. Plácido, protagonista de esta comedia, juguete o lo que sea, es un elegante y atildado señor como de cuarenta años. No gasta bigote, ni barba y se pela al rape. Usa monóculo. Modesto, oficial de la notaría, tiene muy cerca de los cincuenta abriles. Viste ropa anciana, pero conservadísima: mucho brillo, muchas rodilleras, muchas coderas, pero ni una mancha, es hombre limpísimo. Usa lentes que apoya generalmente en la punta de la nariz, y habla... Bueno, de cómo habla, merece capítulo aparte. Más que hablar declama, pero declama en clásico, vamos al decir. Cuando tiene que replicar algo que él estima importante, levanta la cerviz, entorna los párpados, se sujeta bien los manguitos, porque los usa, y adoptando posturas heróicas, canta las frases. Es un oficial de notaría que está haciendo constantemente el «Alcalde de Zalamea». Tiene puesta una gorra de una fealdad indescriptible.)

Plác. ¿También ese periódico dice algo?

Mod. Sí, señor; en la plana tercia, columna prima y bajo el epígrafe de «Notas brecológicas».

Plác. A ver: lea usted.

Mod. (Leyendo en un periódico cualquiera.) «Falleció ayer en esta Corte, a los noventa y siete años de edad, la virtuosísima señora doña Magdalena Palmada de Gallego, tía politica del celoso notario...»

Plác. ¡Y dale con lo de celoso!

Mod. «Del celoso notario don Plácido Carrillo. Tanto a éste como a su distinguida esposa, doña Marina Palmada de Carrillo, enviamos la expresión de nuestro pésame. El sepelio de la finada tendrá lugar hoy dos, a las diez.»

Plác. Es decir, que todo Madrid sabe que ha muerto la tía Magdalena.

Mod. ¡Bah! La gente no se fija ni lee estas cosas. Ya ve usted que al sepelio solo hemos asistido treinta y dos personas, a pesar de la *reclame*.

Plác. Sí; pero de todas las maneras; cómo voy yo esta tarde, amigo Modesto.. No, no es posible. ¡Con una familia tan puntillosa, tan llena de prejuicios como la mía! ¡Y con este cobarde anónimo que tan vilmente me amenaza!... Porque si se enteran... ¡figúrese usted! En cualquier circunstancia, el disgusto sería de los de divorcio y viaducto, pero hoy, el mismo día del sepelio de la tía, cuando aún humean sus despojos... No, Modesto, no; hoy el disgusto seria cataclísmico.

Mod. Bueno, pero...

Plác. (Viendo que se abre la mampara.) ¡Silencio!

Mod. Es Pasquín.

Pas. (Entrando.) Con permiso.

(Es un muchacho de veinticinco años, escribiente de la notaría. Casi no tiene frente, pues entre las cejas tan anchas y pobladas como juntas y el nacimiento del pelo, media a lo más un centímetro. Es hombre de muchísimo pelo; un pelo crespo, áspero, indómito, no muy largo, pero espesísimo. Su cabeza es un verdadero erizo, No usa bigote ni barba, pero hace cinco días que no se afeita. Su indumentaria es de un gran desaliño, pantalón negro, chaleco gris y americana tórtola. No pronuncia las erres.)

Plac. ¿Qué hay, Pasquín?

Pas. Un chico de un continental que tlae una calta pala aquí, (Por Modesto.) y dice que se la quiele entlegal en plopia mano.

Pläc. Bien: pues dígale que pase.

Pas. Sí, señol. (Se va.)

Mod. Es extraño; jamás he recibido ningún continental y no imagino de quién pueda ser.

Chis. (Chico de un continental, entrando.) Muy buenas.

Mod. Buenas tardes.

Chis. (Leyendo el sobre.) ¿Don Modesto Coco?

Mod. *Ego sum*, garzon.

Chis. (Perplejo.) Usté me dispense, pero si yo he entrao aquí es porque me lo ha dicho ese tartaja de ahí afuera.

Mod. Pero si soy yo; solo que te lo he dicho en latín: *Ego sum* garzon.

Chis. Pues por mí, dóminos vobiscum. (Dándole la carta.) Tome usted.

Mod. Perfectamente; puedes retirarte.

Chis. Haga el favor de darme el sobre firmado.

Mod. ¿Reunes autógrafos?

Chis. (¡Caray, qué chusco) Sí, señor.

Mod. Pues seré complaciente. (Rasga el sobre, lo firma y se lo da.) Ahí va.(Al ver que Chispita no se mueve.) ¿Esperas algo más?

Chis. Lo que sea voluntad.

Mod. ¿Cómo?

Chis. Que hay algunos, que además de la firma... Ya usté me entiende.

Mod. Bueno, hombre, trae, trae... ¡Qué trabajo me cuesta!... (Le coge el sobre.) Te pondré un pensamiento bonito. (Escribe.)

Pläc. (¡Este Coco es de una infantilidad!)

Chis. (Quemado.) (Que no me dé propina, mal está, pero que encima me tome el pelo ..)

Mod. Ya está (Lee.) «Para que exista la belleza, es necesario que exista la fealdad. Coco». Ea: toma y lárgate. (Le da el sobre)

Chis. (Este tío va a Leganés y lo nombran alcalde.) Quedarse con Dios. (Haciendo mutis por la izquierda.) (A ver si le saco algo al de ahí afuera. (Mutis.)

Mod. (Leyendo la carta.) ¡Don Plácido!

Pläc. ¡Qué!

Mod. Carta de la Sociedad.

Pläc. ¿Y qué? diga.

Mod. Cataclísmico, como usted dice. Lea usted. (Le da la carta.)

Plác. (Leyendo nerviosamente.) Amigo Modesto: Lo que pretende el señor Carrillo es de todo punto imposible. La velada ni puede suspenderse ni aplazarse. Si el señor Carrillo insiste en su actitud, nos veremos obligados a decir al público la verdad aunque a él le perjudique. Iremos dentro de un rato a convencerle. Por la Sociedad artística «La sotana de Moreto», el secretario, R. Villamil Amores. (Desalentado.) ¡La verdad! Es decir el descrédito a los ojos de mi familia, la pérdida de mi tranquilidad, mi ruina moral. Y todo por culpa de usted, Coco, por culpa de usted.

Mod. ¡Don Plácido!...

Plác. Sí: usted me embaucó, y me inició y me inoculó de este virus artístico que ahora va a ocasionar mi ruina; porque ¿me quiere usted decir qué hago? Si no trabajo estos bestias son capaces de hacer lo que dicen, y si trabajo, ¿quién me responde de que ese anónimo amenazante no ha de cumplir lo que promete? ¡En qué situación me veo por culpa de usted!

Mod. Algún día tenía que ocurrir eso don Plácido. Riña usted la batalla y sea lo que Dios quiera. Usted no ha nacido para enmohecer su cerebro con el negro hollín de un vulgar protocolo, sino para asombrar a las generaciones con el divino fuego de su arte. Porque usted—no es coba, don Plácido; Coco no cobea—yo ante usted me descubro. (Se quita la gorra.) Porque usted es un Vico, como yo, modestia aparte, soy un Calvo. (Conviene que Modesto lo sea en efecto.)

Plác. Yo seré todo lo Vico que usted quiera, pero antes que nada soy notario y amante de la tranquilidad de mi hogar. Y si mi sobrino Pelayo, a quien acabo de llamar por teléfono, no me saca de este apuro, si por culpa de usted padece mi reputación y se trunca mi vida, le juro, señor Coco, que haré una última tragedia y usted será la víctima.

(Este parlamento lo dirá enfáticamente, lo rematará con un latiguillo y saludará como si el público le aplaudiese.)

Mod. ¡Don Plácido!

(Rumor de voces dentro.)

Plác. ¡Mi mujer y mis suegros!... ¡Trabaje!...

(Cada uno corre a su mesa. Plácido tropieza con una silla, sofoca un grito y se sienta ante la mesa, denotando un fuerte dolor.)

Mod. ¿Se ha hecho usted daño?

Plác. Me he dado un golpe en esta rótula, que me la he debido esquirlar. ¡Señores, qué golpe!

Aur. (Con MARINA, SILVIA y BENITO, por primer término de la derecha.) ¡Qué golpe, hija mía, qué golpe!... (Esta Aureliana es una elegante señora como de treinta años. Traje de visita de un color oscuro. Marina, Silvia y Benito visten de luto riguroso. La primera es joven, Silvia y Benito tienen ya el pelo casi blanco. Vienen todos muy tristes, muy afectados.)

Mar. (Con gran tristeza.) Plácido... Aureliana que no quiere marcharse sin verte...

Plác. (Levantándose, disimulando el dolor que siente en la rodilla y denotando también una gran pesadumbre.) ¡Aureliana!... (Le da la mano.)

Aur. (Conmovida.) ¡Amigo mío... entereza! Para esta clase de golpes no hay más que una palabra: resignación.

(Marina, Silvia y Benito se secan una lágrima.)

Plác. (Secándose otra lágrima completamente cocodrilesca.) Dice usted bien, amiga Aureliana. Ya ve usted cómo nos encuentra. Marina no es más que un río de lágrimas; sus padres dos trapos y yo... una birria.

Aur. Es verdad, amigo Carrillo.

Plác. ¡Pobre tía Magdalena!

Ben. ¡Pobre hermana mía!

Aur. (A Plácido.) A usted le quería entrañablemente.

Silvia ¡Oh! Era su ídolo.

Ben. Y su orgullo. Cuántas veces me decía: Benito, qué suerte hemos tenido, porque como Carrillo no hay tres en el mundo. Te echas a buscar por ahí y no reunes tres Carrillos.

Plác. ¡Era una santa!

Silvia Lo que más le gustaba de Plácido era la seriedad; el verle dedicado exclusivamente a su trabajo, sin pensar jamás en diversiones mundanas..

Mar. ¡Pobrecilla!

Aur. En fin, resignación.

Silvia Dice usted bien.

Mar. ¿Vendrá usted luego al rosario?

Aur. ¿A qué hora es?

Mar. Rezaremos uno a las seis y otro a las diez, antes de la apertura del testamento.

Aur. Vendré a las diez, porque esta tarde quiere mi marido que asistamos a esa función que han organizado en la Princesa a beneficio de la Cruz Roja.

Ben. ¡Cómo! ¿Pero ustedes son de los que van al teatro?...

Aur. De tarde en tarde...

Ben. Nosotros jamás. A mí el teatro me ha parecido siempre un lugar de corrupción y de malas costumbres.

Aur. Según, Benito, según.

Silvia Por Dios, Aureliana, delante de Benito no hable usted de cosas mundanas. Solamente la palabra teatro, le y nos asquea. Por fortuna Plácido es de nuestra manera de pensar y siente por el teatro igual aversión que nosotros.

Plác. ¡Oh! A mí me molesta...

Ben. Ya ve usted; nuestra hija Marina ha ido al teatro una sola vez y eso porque medió un compromiso ineludible.

Aur. ¿Y qué vió Marina?..

Ben. *La Tempestad.*

Aur. Pues yo no voy al teatro, sobre todo por las noches, primero porque a mi marido le gusta acostarse temprano y segundo porque tenemos muchos chicos.

Plác. Acostándose temprano, es lógico. Los espectáculos suelen empezar tarde...

Aur. ¡Claro! Pero lo que tanto a Pepe como a mí nos entusiasman son las veladas que organizan los aficionados. En la de esta tarde se estrena un drama histórico que se titula *El Indio.*

Ben. ¡Ah! ¿Pero esa función de la Cruz Roja es una monserga de aficionados?

Aur. Sí; pero no crea usted que se trata de unos aficionados cualquiera ¡Oh! Se trata de una agrupación artística de muchas campanillas: una sociedad llamada «La sotana de Moreto», toda de gente bien. Hay algunos aficionados que trabajan maravillosamente. Hay un tal Cabrales, que ya quisieran todos los actores de profesión. (Plácido mira orgullosamente a Modesto.) A mí me gusta más que Morano y más que Borrás.

Ben. ¡Buen zascandil estará el tal Cabrales!

Aur. (Riendo.) En cambio hay otros. . ¡Qué risa! Hay un señor Bello, que no he visto nada más malo en mi vida. (Modesto, desde su mesa, la mira por encima de las gafas como queriéndosela comer.) ¡Pobre hombre! Lo en serio que toma sus papeles y lo que se equivoca. En la última velada nos reímos con él un disparate, porque en el primer acto se equivocó y en vez de decir: «mi mujer me está haciendo una guerra espantosa», dijo «mi mujer me está haciendo una gorra espantosa», y es claro, cada vez que salía a escena, le gritaban los del paraíso: «A ver ese de la gorra, que la enseñe». (Plácido mira a Modesto y éste avergonzado baja la cabeza) ¡Debió pasar una tarde el pobre hombre!...

Ben. El pobre imbécil, dirá usted mejor. Porque hay que ser idiota para confundir los dos vocablos.

Mod. Es que... (Se levanta y se descubre.)

Pláс. (Asustado.) ¿Eh?

Mod. Y ustedes perdonen que yo me introduzca en camisas de once varas. Es que el aludido Bello, a quien no me liga ningún parentesco, toda vez que él es Bello y yo Coco; el aludido Bello, repito, que es amigo mío, se equivocó con cierta lógica, puesto que era cierto que su mujer le estaba haciendo una gorra espantosa, y es natural, al recitar se acordó del detalle y confundió el tocado con la reyerta.

Silvia (A Modesto.) ¿De manera que tiene usted amigos histriones? Basta, señor Coco, basta. Hemos cambiado nuestras últimas frases.

(Rumor de voces dentro.)

Plác. ¿Eh?

Mar. ¿Quién?

Plác. Juraría que es mi cuñada Orosia...

Aur. ¿La viuda de Carrillo?

Plác. Sí. (Se acerca a la mampara.)

Aur. ¡Ay, Dios mío!

Ben. Pero si he estado aquí toda la mañana...

Aur. Por si acaso, yo me voy.

Silvia ¿También usted la teme?...

Aur. Sí; ¿para qué ocultarlo? Es una mujer que me atribula, me descompone. Como cree en esas cosas tan raras, y además la convence a

una, porque es que la convence a una, pues yo, francamente, el día que hablo con ella, ya se sabe, ni duermo, ni como, ni sosiego.

Ben. La pobre desde que murió su marido tiene algunas rarezas...

Plác. Sí, es ella; viene con la chica y le está regañando a Pasquín, no sé por qué. (Viendo que se abre la mampara.) Aquí están.

Aur. ¡Válgame Dios!

Orosia (Asomando la cabeza.) ¡Oh! ¡No estás trabajando!... Pasa, Exaltación.

(Entran en escena OROSIA y EXALTACIÓN. Orosia es una señora de más de cincuenta años. Exaltación aún no ha cumplido los veinte y es un poco rara; una especie de pájaro con faldas.)

Plác. (Saliéndoles al encuentro.) ¡Orosia!... (Le da la mano.)

Orosia (Conmovida.) Esta visita, Plácido, es para ti. Con Marina y con sus padres he llorado ya esta mañana. ¡Oh! Aureliana; no había reparado... (Besándola.) ¿Qué tal?

Aur. Bien, ¿y usted?

Orosia Soportando la vida.

Aur. (A Exaltación.) ¿Y tú, mujer?

Exal. (Que viene nerviosísima y con hipo de lloro contenido contesta a golpes como las codornices.) Bien... muy bien.

Plác. ¿Eh? ¿Qué le pasa?

Orosia ¿Te atreves a decir muy bien, Exaltación?

Mar. Cómo, ¿pero no está buena?

Orosia No, Marina, no. Esta mañana ha tenido otro ataque de epistaxis, vulgo hemorragia nasal, y como no se nutre ni duerme, está hecha un conjunto óseo que no sé a dónde vamos a parar. Por supuesto, que todo esto va a terminar el día que yo me plante.

Silvia ¿Pero qué le ocurre?...

Orosia Que es una romántica, Silvia.

Exal. ¡Mamá!

Orosia Sí, romántica, por no llamarte pasional.

Exal. (Enérgica.) ¡Esa palabra! ..

Orosia ¿Qué es eso? ¿Te atreves a gallearme?...

Plác. Pero...

Orosia ¡Tendría que ver! (A un gesto de Exaltación.) ¡Enmudece! Figúrate, Plácido, que esta... pentateuca se ha enamorado con un fuego ultra violeta, de Pasquín, tu amanuense.

Plác. ¿Es posible? ¡El pobre Pasquín!...

Orosia — Esa frase tuya es el símbolo de esta pasión. ¡El pobre Pasquín! Ella lo ve paupérrimo, lo ve pelafustán, lo ve codi-roto, y en vez de pensar «no me conviene», ha dicho ¡el pobre Pasquín! Esta simpatía compasiva le ha excitado su natural poético, y la muy idiota en cada contrariedad descubre una flor, y en cada defecto una virtud. Claro, como yo me opongo a tan desatinadas relaciones, ella lo ha tomado en heróico y son una de llantinas y una de epistáxis, que se me está yendo por las narices. Ha perdido en cuatro meses nueve kilogramos.

Mar. — ¡Qué atrocidad!

Orosia — Así está ella, que vestida aún engaña, pero desnuda..

Exal. — ¡Mamá!

Orosia — Sí; lo diré. Desnuda es la radiografía de un esqueleto.

Exal. — ¡Pues así le gusto a él! ..

Orosia — ¿Sin carne? ¿Pero qué paladar tiene ese tartaja?

Plác. — Como no tiene más que media lengua...

Orosia — Por supuesto que esta tarde le he dicho lo suyo: no quiero más Pasquines ni en las esquinas ni bajo mis balcones; pero, en fin, dejemos este tema que sólo a nosotras incumbe y ocupémonos del objeto de mi visita. (Cambiando de tono.) Te supongo transido, Plácido, y te acompaño en tu dolor. ¡La pobre Magdalena!... ¡Con lo que te apreciaba!..

(En este momento entra PASQUIN con unos papeles que entrega a Modesto y cambia un apretón de manos con Exaltación, que no se habrá movido del lado de la mampara.)

Plác. — Figúrate: estoy sin consuelo.

Ben. — Estamos sin consuelo.

Orosia — Porque no queréis consolaros; si opinárais como yo...

Plác. — Sí, ya sé que tú eres espiritista.

Orosia — ¡Falso! Yo creo en los manes: soy manista, que es más. Los que se mueren se van, pero no se van, porque continúan a nuestro lado. Dejamos de verlos, pero ellos nos ven; sus espíritus conviven con nosotros y nos inspiran y nos aconsejan.

Aur. — (¡Válgame Dios!)

Mar. (Nos va a dar la tarde.)

Orosia Esta casa debe ser ya para vosotros un templo, porque el alma de la tía Magdalena mora en ella.

Plác. ¿Tú crees?

Orosia Sí, y en este momento nos ve y nos escucha

Aur. (Nerviosa.) ¡Ay!...

(Todos están inquietos)

Mod. (Idem.) (Caray con la señora esta.)

Orosia (Poniéndose de pie como alucinada.) Estoy segura, sí; la siento a mi lado... (Llamando a gritos.) ¡Magdalena!... (Todos se asustan.) ¡Magdalena!... ¡Yo te llamo; si es cierto que me escuchas, respóndeme!..

(En este instante, Modesto, que está nerviosísimo, empuja la carpeta, ésta empuja a su vez a un rimero de libros que hay sobre la mesa y caen todos al suelo con grandísimo estrépito. Todos dan un grito y pegan un salto y quedan un instante como aterrados, sobre todo Aureliana.)

Mod. (Tembloroso, recogiendo los libros.) Ustedes me perdonen... pero es que no sé cómo...

Orosia (Satisfecha.) No sabe cómo. ¡Ah! ¿Lo estais viendo? Magdalena se ha valido de este probo empleado para responder a mi invocación.

Plác. Caracoles, ¿pero tú crees?...

Orosia Siempre que en casa llamo a mi pobre marido, me responde de alguna manera insólita, sobre todo cuando le llamo acariciando su barba.

Aur. ¡Ay qué miedo! ¿Pero conserva usted la barba de su esposo?

Orosia Sí. ¿No lo sabía usted? Mi pobre Teófilo tenía una barba blanca como un ampo, que le llegaba hasta... bueno, hasta lo inverosímil. Para abotonarse tenía que erguir la cerviz, porque de no erguirla se apresaba las hebras. (Suspira.) ¡Pobre Teófilo! Cuando sus córneas se apagaron para siempre y murió para los vivos, mandé que le cortasen aquella catarata de nieve; hice que un hábil peluquero reprodujera con aquel mismo vellocino la barba del difunto, y en un estuche de peluche conservo aquel pelo como la más preciada de las reliquias, como la más santa de las preseas. Mi único consuelo consiste en abrir

el estuche y tener un instante la barba bajo los labios. (*Se seca una lágrima.*)

Silvia Vamos, Orosia, vamos.

Orosia (*Conmovida.*) Las nueve veces que el pobre Teófilo se me ha aparecido.

Mar. ¡Ah! ¿Pero?...

Aur. (*Que ya no puede más.*) Señóres, yo lo siento muchísimo, pero.. es tarde, y... adiós, Marinita..

Mar. ¡Oh! No; le acompañaremos... ¿Quiere usted salir por aquí?

Aur. No; esta puerta da a otra calle y he dejado el coche...

Silvia Pues vamos.

Aur. Adiós, Carrillo. (*Le alarga la mano.*)

Plác. Mis afectos a su esposo..

Aur. Ya vendrá él a verle a usted.

Plác. Cuando quiera

(*Mutis de Silvia, Marina y Benito.*)

Orosia Hasta luego, Plácido. Con Marina y con sus padres he llorado ya esta mañana...

Plác. Adiós, Orosia, adiós.

Orosia ¿Vamos, Exaltación? Pasa.

(*Se van también por la derecha, primer término.*)

Plác. (*Respirando a sus anchas.*) ¡Gracias a Dios!

Mod. Esa cuñada vuestra, señor don Plácido, tiene la rar propiedad de ponerme de punta los dos sistemas: el nervioso y el capilar. No puedo resistirla, y disimúleme la expansión.

Plác. Si, es más ridícula que una zarzuela.

Mod. Pero, anda, que bien le han tomado el pelo con el pelo.

Plác. ¿Eh? ¿Por qué?

Mod. Porque esa barba que tiene en tanta estima no es la de su marido.

Plác. ¿Eh?

Mod. Ella encargó a Dionisio Cayuela, ese peluquero de teatros pariente mío, que le hiciese la barba; pero los pelos del difunto eran muy difíciles de trabajar, y como Cayuela no es de los que se ahogan en un charco, le confeccionó la barba c n un poco de crepé y el cabello de una tía nuestra muy anciana que se había cortado la mata porque el peso del rodete le producía cefalalgias en el occipucio.

Plác. Caramba; pues no sabe usted lo que me place esa noticia, porque me molestaba que la

barba de mi pobre hermano Teófilo anduviera rodando por ahí.

Mod. Tiene usted razón.

Plác. Bueno, se habrá usted convencido de la razón que me asiste para estar sobre ascuas. Ya ha visto usted el ambiente antiteatral que hay en esta casa. Si se enteran de que yo...

Pel. (Asomando la cabeza por la mampara.) ¿Se han marchado ya?

Plác. (Viendo el cielo abierto) ¡Pelayo! ¡Por fin! Entra, hombre.

Pel. (Entrando.) Como me digiste que deseabas hablarme a solas y vi que estaban aquí tu mujer y tus suegros y mi madre...

Plác. Has hecho perfectamente. Estás en todo.

Pel. Bien. ¿Y qué te pasa? Porque tu recado me ha hecho pensar en una catástrofe. ¿Te ha ocurrido algo?

Plác. Me ocurrirá, Pelayito, me ocurrirá. Estoy que me ahogo.

Pel. Caramba; me asustas, tío Plácido. Habla.

Plác. Sé, pero antes que mis labios pronuncien una sola palabra, júrame por tu honor que no has de revelar a nadie el secreto que voy a confiarte.

Pel. ¡Tío Plácido!

Plác. ¡Júramelo!

Pel. Sea. Lo juro.

Plác. Gracias Eres hombre de honor y de vergüenza, porque la vergüenza ha sido siempre patrimonio de los Carrillos, y sé que morirás antes que faltar a lo jurado.

Pel. Bueno, pero...

Plác. Pelayo, yo estoy en el más espantoso de los compromisos. ¡Sí! Yo soy Cabrales.

Pel. ¿Cómo?

Plác. Cabrales, el actor.

Pel. (Admirado.) ¿Tú?

Plác. Sí. No me mires como a un alucinado porque no lo estoy. Puede decirte Coco que no estoy loco.

Mod. No está loco. No, señor. A fe de Coco.

Pel. ¿Pero cómo es posible?... ¿Tú?...

Plác. Sí Coco me inició en mal hora en esto del talmismo, me sedujo la idea de representar; adopté ese pseudónimo de Cabrales, debuté; revelé unas aptitudes excepcionales, me

aplaudieron a rabiar; me engreí, y al cabo de cuatro años he llegado a ser lo que soy: el alma de «La sotana de Moreto»; el aficionado más jaleado por la prensa; el actor con quien sueñan los empresarios.

Pel. Me dejas perplejo. ¿Pero cómo te las arreglas? Porque tus suegros y tu mujer te creen el más serio de los hombres.

Plác. Abuso de ellos, querido Pelayo. Soy un fresco; lo reconozco. Esas actas que me veo obligado a levantar en Pozuelo y en Canillejas, no son actas, sino actos. Cuando tenemos función, digo que un moribundo reclama mi presencia para darme a conocer sus últimas voluntades.

Pel. ¿Y se lo creen?

Mod. Claro. Nos ven salir y volver juntos, cargados de papeles y con el arancel en el bolsillo...

Plác. Pero ¡ay! Esta tarde las voy a pagar todas juntas. Dentro de dos horas hay una velada a beneficio de la Cruz Roja, patrocinada por la Infanta.

Pel. Lo sé; aquí tengo un palco.

Plác. Pues óyeme y pásmate. He recibido un anónimo en el que me aseguran que si esta tarde tomo parte en la función, antes de la noche sabrá mi familia que soy Cabrales.

Pel. ¡Jesús!

Plác. ¿Eh? ¿Qué te parece?

Pel. Que no debes trabajar bajo ningún pretexto. Excúsate. Di que estás gravísimo; cualquier cosa, antes que tu familia sepa que eres cómico.

Plác. Pero si eso es lo horrible, Pelayo: que tire por donde tire han de saberlo.

Pel. ¿Por qué?

Plác. Porque los de la «sotana», si yo no trabajo esta tarde, están dispuestos para quedar bien con el público, a decir la verdad, o lo que es lo mismo, a decir que Cabrales es Carrillo.

Pel. ¿Y no puede sustituirte otro actor?

Plác. No. En *El Indio* hay dos grandes papeles: el de protagonista, que lo hace Coco.

Pel. ¡Ah! ¿Pero usted también?...

Mod. Sí, señor. Yo soy Bello.

Pel. ¿Cómo?

Mod. Bello es el pseudónimo que uso. Y en esta ocasión hago de protagonista, porque como se trata de un indio bravo...

Pel. ¿Bravo? Ya.

Plác. Sí. Yo no puedo trabajar sin caracterizarme mucho, a fin de que nadie me reconozca. Hago en el drama el papel de Toribio Cortés, un tío de don Hernán, que habla muchísimo. Cerca de cuatro mil versos, no te digo más. ¡Cómo va nadie a aprenderse de pronto cuatro mil versos modernistas!

Mod. Yo le aconsejo que puesto que su familia ha de enterarse de todos modos, que haga la obra, porque de no hacerla, no sólo se enterará del gatuperio la familia, sino todo Madrid, y esto es muchísimo peor. Además, que don Plácido puede alcanzar esta tarde el triunfo más ruidoso de su vida artística, y eso no hay que verterlo en saco roto.

Pel. Sí, sí; pero...

Plác. ¿Qué me aconsejas tú, Pelayo? Di.

Pel. Pues mira, que metas ropa de abrigo en una maleta y que te vayas a los picos de Europa.

Plác. ¿Eh?

Pel. Te instalas en el pico más alto, y cuando veas subir a tus suegros, que darán contigo, no lo dudes, defiéndete de ellos arrojándoles enormes peñascos, como hicieron los cristianos en Covadonga.

Plác. ¡Pelayo!

Pel. Voy sigilosamente a prepararte la maleta.

Plác. ¡Pero!...

Pel. Lo haré sin que nadie se entere. (*Se va por la derecha primera puerta.*)

Plác. ¿Está usted viendo, amigo Coco? Todos olfatean la tragedia, y usted tiene la culpa de cuanto me sucede. Pero, ¡ah!... Yo le juro..

Pas. (*Por la izquierda.*) Don Plácido.

Plác. ¿Eh? ¿Qué?...

Pas. Ahí están el señol Espina, el autol daalamático y el señol Villamil Amoles.

Plác. ¿Eh? ¡Dios mío!

Pas. Dicen que quielen velo a usté polque lo tienen todo lesuelto.

Plác. ¿Resuelto?... ¡Caramba!.. (*Se va por la puerta de la izquierda.*)

Pas. (Sujetando a Modesto que intenta hacer mutis también.) Oiga, señol Coco.

Mod. Haga el favor de no hablarme, señor Pasquín, porque ya sabe que me contagia su ele... nismo y tengo que representar esta tarde.

Pas. Es que me debe usté veinte céntimos.

Mod. ¿Yo? No en mis dias.

Pas. Me dijo el chico del contiental de palte de usté que le diela dos pelas de plopi.

Mod. ¿Eh?

Pas. Y yo pol no incomodal pleguntando...

Mod. Pues ha hecho usted el «pelcebe»... ¡Ya! ¡No me hable! ¡No me hable!

Pas. Bueno, pelo esas pelas...

Mod (Echándose mano al bolsillo.) «Espele.»... (Desesperado.) ¡Y dale! (Dándole los veinte céntimos y pronunciando mucho las erres.) Tome las dos perrras gorrrdas y a callal. (Se pega una bofetada.)

Pas ¡¡Señol Coco!!

Mod ¡¡A callal!!... (Desesperado.) ¡¡Marrdita sea!!

(Por la izquierda entran en esc na PLÁCIDO, ESPINA y VILLAMIL. Espina es joven y muy delgado. Gasta melena, gafas redondas de concha, y más que autor dramático parece un virtuoso de la guitarra o del acordeón, Villamil es hombre de cuarenta años y más andaluz que la estatua de San Rafael.)

Esp. Yo no le digo a usted más que eso, señor Carrillo: o usted estrena mi obra o yo le levanto la tapa de los sesos. Con mi porvenir no se juega al chito.

Plác. ¡Esa baladronada, señor Espina!...

Esp. No es una amenaza baladí, sino una realidad con gatillo.

Vill. Carma, señores, carma. ¿Pero se vais ustedes a peleá ahora que está tó arreglao?

Plác. Bueno, ¿pero qué arreglo es ese?

Vill. Pues que habemos pegao a la puerta del teatro el siguiente aviso, que ha redartao, aquí, Espinita (Como si lo estuviera leyendo.) Aviso: «Por grave enfermedad del eminente aficionado don Germán Cabrales, se encarga del papel de Toribio Cortés en la obra *El Indio*, el también eminente aficionado don Bautista Casado y Foronda.» ¿Eh? ¿Qué tal? Usted, esta tarde, se pone una botarga para parecer un poco más grueso; en vez de bigote, que era lo marcado, se pone usté una

barba que le tape bien, y nadie se da cuenta de que Casado es Cabrales, y menos aún de que Cabrales es Carrillo.

Mod. ¡Admirablemente!

Pas. ¡Ya lo cleo!

Mod. (A Pasquín.) Usted se calla.

Plác. Pues yo, a pesar de todo eso, opino...

Esp. Usted no opina nada, señor Carrillo.

Plác. ¿Cómo que no?

Esp. La velada no puede suspenderse.

Vill. De ninguna manera. Con el teatro vendido .. ¡Qué diría su artesa'...

Esp. No es por ahí. La velada no puede suspenderse porque yo me juego mi amor propio y mi porvenir en esa obra.

Plác. Bueno, pero...

Esp. Y usted puede elegir entre estas dos cosas: o estrenar mi obra o recibir un balazo en la frente.

Plác. ¡Caray!

Mod. Pero, querido Espina; si el señor Carrillo está conforme en hacer la obra. ¡Don Plácido!...

Plác. Qué remedio me queda; trabajaré.

Esp. Perfectamente.

Vill. Bueno, ¿recibirían ustedes ayer la ropa? ¿No?

Mod. Sí; ahí la tenemos guardada, en el arcón de los testamentos.

Vill. Bien, pues a probársela, que el tiempo se echa encima.

Plác. Yo, ante todo, lo que necesito es una barba. Por sí o por no yo no salgo a escena sino muy caracterizado.

Mod. Tendremos barba. Voy a telefonear a mi primo Dionisio Cayuela, el peluquero. (Llama al teléfono.) ¿Central?... Mil doscientos treinta y cuatro .. ¿Cómo? Sí, señora: doce treinta y cuatro.

Pas. Háblele usted alto.

Mod. (Al aparato.) ¿Eh? ¡Y dale! Sí, señora; un, dos, tres, cuatro; un, dos, tres, cuatro.

Pas. ¡Alto!

Mod. ¡Silencio!... (Al aparato.) ¿Cayuela?... Aquí es Coco. Bien Escucha, Dionisio: necesito una barba blanca muy poblada para... ¿Eh? ¿Y dónde la podría yo encontrar, pero enseguida? Bueno, sí... gracias. Adiós.

Esp. ¿Qué dice?
Mod. Que él no tiene.
Plác. Ya ven ustedes...
Mod. Pero que llame al 406, a un tal Luis Coca. (Llama al teléfono.)
Vill. Sí, ese es un buen peluquero de teatros; pero es un tío de un carácter imposible.
Mod. ¿Central? Cuatrocientos seis... Sí, señora... ¿Dice usted que es un buen peluquero?
Vill. Sí, pero nadie quiere nada con él porque por cualquier cosa anda a trastazos con la gente.
Mod. (Al teléfono.) ¿Cuatrocientos seis?...¿Es Coca?... Aquí es Coco. ¿Eh? (Muy sulfurado.) ¡Señor mío haga el favor de medir sus palabras! No señor no es chufla. Me llamo Modesto Coco, soy primo de Dionisio Cayuela y le telefoneo desde la notaría de don Plácido Carrillo en la que desempeño el cargo de primer oficial... Esta usted dispensado... Sí, señor. Verá usted: yo necesito una barba blanca grande y espesa .. ¿Eh?... No.. No señor; eso no me sirve porque esa que usted dice es una barba...
Mar. (Entrando por la primera puerta de la derecha.) Plácido...
Plác. (En una pieza.) ¿Eh?
Mod. (Viendo a Marina.) (¡Caray!) (A gritos en el teléfonó.) Que eso que usted dice es una barbaridad. (Poniendo el gesto de vinagre.) (¡Qué bruto!... ¡Qué bestia!) (A gritos.) ¡Y usted un grosero! (Cuelga el aparato.)
Mar. (A Modesto.) ¿Pero qué ocurre?
Mod. Nada; un sacerdote... que porque le protestamos una letra dice que no somos católicos sino protestantes.
Plác. ¡Bah! (A Marina.) ¿Querías algo?
Mar. Los periódicos de la mañana, que papá desea leerlos...
Plác. Aquí están, toma.
Mar. Gracias, y perdona. (Se va por la derecha primer término.)
Plác. (Viéndola ir.) Pues sí, señores; esa sociedad comanditaria que desean ustedes constituir... (Cerciorándose de que se ha marchado.) Bueno, no gana uno para sustos. (A Modesto.) De manera que ¿no hay barba?
Mod. Sí, señor. Usted no se preocupe; hay barba. Oiga, amigo Villamil. (Lo lleva aparte.)

Haga el favor de llegarse en un salto al número cuarenta y tres, suba al principal, llame y a quien salga, dígale de parte de la viuda de Carrillo que le de el estuche de la barba.

Vill. Pero ..

Mod. Usted lléguese si desea que la velada se celebre.

Vill. Ya estoy allí. (Se va por la izquierda.)

Mod. Bueno, vamos a probarnos la ropa.

Plác. Por Dios, Pasquín; que aquí no entre nadie.

Pas. Descuide usted, don Plácido. (Se van por la puerta de la derecha, segundo término, Plácido, Modesto y Espina.) La veldad es que eso de replesental debe sel lo más bonito del mundo. ¡Lástima que yo no tenga condiciones! Lo que me gustaría a mí decil aquellos velsos con que plincipia el alcalde de Zalamea. (Recitando.)

Cuelpo de Clisto con quien
desta suelte hace malchal
de un lugal a otlo lugal
sin dal un leflesco. Amén.

Exal. (Por la derecha primera puerta.) ¡Ricardo!

Pas ¡Exaltación!. . ¡Tú!...

Exal. Sí: yo, que afrontándolo todo vengo a decirte «Ricardo, Ricardo mío; mi madre te ha ofendido, te ha insultado, te ha escarnecido y tú y tú te has limitado a bajar los ojos al suelo y a verter una lágrima... ¡Gracias Ricardo!

Pas. ¡Ela tu madle, Exaltación! .. ¡Ela tu madle!

Exal. ¡Pobre Pasquín!

Pas. Ha estado conmigo, muy cluel, cuando gloselamente me llamó eso de... eccétela tinta, sentí en mi sangle el fuego de la indignación.

Exal. ¡Y supiste contenerte!

Pas. ¡Ela tu madle!

Exal. ¡Ricardo mío!

Pas. ¡Ah! Pelo yo me halé digno de ti, te lo julo. En Septiemble selé abogado y cuando debute en el folo y obtenga mi plimel tliunfo, velá tu madle que Pasquín no es un... eccétela tinta sino un homble de plovecho.

Exal. Lo sé, Ricardo mío, lo sé; por eso te idolatro y he jurado ser tuya o de la muerte.

Pas. ¡Glacias!

Exal. ¿Me quieres? ¡Dímelo!

Pas. ¡Con locula!

Exal. ¿Y me serás siempre fiel?

Pas. ¡Como un pelo!

Orosia (Que ha entrado en escena por la primera puerta de la derecha.) Afeítese, joven. (Pasquín y Exaltación se separan súbitamente.) Y vuelvo a repetirle que usted vuela muy alto, y planea muy bien, pero esta servidora riza el rizo.

Pas. ¡Señola!... El sel poble no es ningún delito. Tenga usted cuidado polque Dios castiga la sobeltia.

Orosia Mire usted, joven, y basta de conversación porque me crispa su tartajismo. Yo no quiero ser causa de la desdicha de mi hija. ¿Ella le quiere? Pues bien, el día que se me presente usted y me estreche la mano diciéndome:

«Rápido al olvido corro
y pues mi amor no se borra,
ronco de pedir socorro
vengo a que usted me socorra.
Arre erre-irri-orro,
arre-erre-irri-orra...

Ese día la mano de Exaltación será para usted. Beso su idem. (A Exaltación, indicándole la primera puerta de la derecha.) Desfila. (Se van las dos por la puerta indicada.)

Pas. (Con la boca abierta.) ¡Calay!... (Haciendo grandes esfuerzos para pronunciar bien, sin que le salga.) Al-la, Al le, Ol la... Bueno, son cien mil dulos de dote. Pol menos dinelo hay quien aplende hasta el vascuence; de modo que yo o plonuncio la ele o me pego un tilo.

Mart. (Con González, por la izquierda.) Buenas. ¿Y ese señor que se sienta en esta mesa? Uno así mal encarado... ¿está?

Pas. ¿Uno mal encalado? puede que esté, pelo no se si podlan vel le...

Mart. Haga el favor de decirle que está aquí Martínez Abel

Pas. Maltínez Abel... Voy a vel... (Abre la segunda puerta de la derecha y se asoma.)

Plác. (Gritando dentro.) ¡No se puede!

Mod. (Idem.) ¡Atrás!

Pas. (Sofocando la risa.) (¡Qué mamalachos!...) Soy yo... Oiga, señol Coco, que hay aquí dos señoles que pleguntan pol usté. El señol Maltínez Abel y el señol...

Gon. González Turri gorri turri.

Pas. ¿González qué?

Gon. Turri-gorri-turri.

Pas. (Hablando hacia la puerta.) Y el señol González capicua .. Ahola sadlá el señol Coco. (Haciendo mutis por la izquierda declamando) Lápido al olvido colo y pues mi amol no se bola... (Mordiéndose una mano) Maldita sea mi sombla.. (Se va.)

Gon. (Por Pasquín.) Pa mi que ese tío es tonto, tú.

Mart. Pues me choca que lo tengan aquí colocao, porque esta es una notaría muy seria. Lo que toca el oficial es el hombre más serio que yo he conocido en mi vida. (Viendo que se abre la segunda puerta de la derecha.) Aquí está ya. (¡¡Mi madre!!)

Gon. (¡¡Mi abuela!!) (Obedecen estas dos exclamaciones a que Modesto que entra en escena afianzándose la corbata, trae en la cabeza un gran penacho de plumas de aves, de vivisimos colores. Al hombre con las prisas se le ha olvidado quitárselo.)

Mod. Muy buenas tardes. (No le dejan a uno tiempo para nada.)

Mart. (Y González escamados sin saber si reirse o no.) Buenas tardes.

Mod. (Sentándose ante su mesa.) Hagan el favor de tomar asiento.

Mart. (Sentándose.) Gracias.

Gon. (Idem.) Muchas gracias.

Mod. (A ver como los echo.) Ustedes me dirán en qué puedo servirles...

Mart. Pues aquí venimos respective a la minuta que le dejamos el viernes para esa sociedad de lanería que deseamos fundar aquí el señor, otro señor y servidor.

Mod. ¡Ah! Sí: «El Vellón de nieve», una sociedad constructora de colchones de lana y miraguano ¿no?

Gon. Sí, señor.

Mod. Pues tendrán ustedes que volver mañana temprano porque la minuta la tiene en su poder el señor Carrillo.

Mart. No, si es que hemos pensado hacer también colchones de plumas, (Esto de las plumas lo dice

con mucho miedo.) porque todo el mundo nos dice que es negocio!

Mod. ¡Pchs!

Gon. ¿Cree usted que no?

Mod. Hombre, yo no soy partidario de las plumas, yo hasta la almohada la uso de crín vegetal, porque la lana se me apelotona y me molesta y las plumas no puedo resistirlas en la cabeza: porque me producen neuralgias. Pero en fin, ustedes allá. De manera que...

Mart. Al hacer la escritura, donde dice sociedad de lanería y miraguanería, añada usted, y plumería.

Mod. Sí, señor: voy a tomar nota de eso de las plumas... (Buscando.) ¿Y dónde está la pluma? ¡Tiene gracia! Pero señor, si había tres o cuatro... Nada, que no sé dónde tengo las plumas. (Hace sonar un timbre.) ¡Este Pasquín!...

Pas. (Por la izquierda.) ¿Llamaba usted?

Mod. ¿Qué hay de las plumas? ¿Eh?

Pas. (Hipando de risa,) Que... que son muy bonitas, don Modesto.

Mod. Digo que dónde tengo las plumas.

Pas. Anda, pues en la cabeza.

Mod. (Tocándose.) ¿Eh?.... (¡Voto a bríos!) (Se quita el penacho.) (Con la costumbre de la gorra... ¿Cree usted que las habrán visto?) (Dando el penacho a Pasquín.)

Pas. Creo que sí.

Mod. Guarde eso en su sitio ahora mismo.

Pas. Sí, señol. (Haciendo mutis por la segunda puerta de la derecha.) (¡Se ha tilado una toltal...)

Mod. (Al ver que Martínez y González sofocan la risa.) (No, pues yo me disculpo...) Ese plumaje, señores, es que... está ahí... otorgando testamento al Rajá de .. Tarascala y... Pero, váyanse, váyanse tranquilos, que yo añadiré a la minuta lo de las plumas.

Mart. No se le olvidará, ¿verdad?

Mod. ¡Qué se me ha de olvidar! Esto de las plumas no se me olvida a mí en un rato largo.

Gon. Bueno, pues quede usted con Dios.

Mart. Hasta mañana.

Mod. Ustedes lo pasen bien.

Gon. (A Martínez, al hacer mutis.) Este tío será todo lo serio que tú quieras; pero es de película. (Se van por la izquierda.)

Mod. Con esto de las plumas he hecho el ganso bien; pero lo que se dice bien.

Vill. (Por la izquierda. Trae un estuche bastante grande.) Aquí está la barba.

Mod. ¡Eureka! Déme. (La saca del estuche.) No hay que decir al señor Carrillo ni una palabra, ¿estamos? Guardaré el estuche de peluche. (Guarda el estuche en un armario o en un cajón, donde quepa.)

Esp. (Por la derecha, con Plácido.) El traje es una preciosidad, amigo Carrillo.

Plác. Un poco ancho.

Esp. Mejor, así puede usted ponerse la botarga, para parecer más grueso.

Mod. (Presentando a Carrillo la luenga barba.) Aquí tiene usted. ¡Qué hermosa!

Plác. ¡Caramba! Hermosísima barba.

Esp. ¡Estupenda!

Mod. Lo que no tiene es armazón para colgársela de las orejas, pero pegándosela bien...

Plác. Ahora diré a Pasquín que me compre un tarro de mastic del mejor que haya, porque si se me cae la barba en escena, menudo compromiso.

Esp. Es una lástima que haya que estropear este monumento capilar; pero no hay más remedio.

Mod. ¿Eh? ¿Pero hay que estropearlo?

Esp. ¡Claro! Al final del segundo acto, cuando los indios cogen prisionero a don Toribio, le atan al árbol y mofándose de él le trasquilan el pelo y el bigote. No es lógico que trasquilándole el bigote y el pelo no le trasquilen también la barba.

Mod. Bueno, bueno; por mí... (No contaba yo con esto.)

Pas. (Por la segunda derecha, con dos grandes líos de ropa y dos cartoneras.) Al teatlo de la Plincesa, ¿no?

Plác. Sí.

Mod. Espere: meteremos la barba en esta cartonera. (Lo hace.)

Plác. ¡Ah! Pasquín.

Pas. Mande usté.

Plác. Lléguese de paso a cualquier perfumería y cómpreme un tarro del líquido que mejor pegue.

Pas. Sí, señol.

Plác. Aquí tiene usted cinco pesetas. (Se las da.)

Pas. Está muy bien.

Plác. Ea, márchese en seguida. Y ya sabe, si alguien le ve salir y le pregunta qué ropa es esa, dígale usted que es suya; que se muda usted de casa.

Pas. Sí, señol. (Haciendo mutis por la izquierda con toda la impedimenta.) No sé cómo les gusta andal siemple con tanto lío. (Vase.)

Mod. Bueno, vámonos nosotros también.

Plác. Antes, tenemos que decir que nos han requerido para algo... ¿Qué dijimos la última vez?

Mod. Aguarde. (Saca un librito y lee.) Quiebra de una sociedad en Vicálvaro.

Plác. ¿Y la penúltima?...

Mod. (Leyendo.) Elección parcial de concejales en Pinto.

Plác. Entonces toca hoy testamento. (A Villamil.) Ustedes vienen por mí, ¿estamos?

Vill. Sí, señó.

Plác. (Oyendo pasos.) ¡Cuidado!

(Disimulan todos.)

Pel. (Entrando por la derecha, primera puerta.) Nadie me ha visto. Debajo de la cama, tienes ya listas las dos maletas. Qué, ¿trabajas por fin?

Plác. Sí.

Pel Mira lo que haces, tío Plácido; que es día de los difuntos; que tu tía Magdalena murió ayer y te ha dejado una fortuna muy saneadita; que te juegas la tranquilidad, porque si tu mujer se entera...

Esp. No se canse usted, caballero: Carrillo trabaja esta tarde porque le va en ello la vida. Si *El Indio* no se estrena, hoy dos de Noviembre, le levanto la tapa de los sesos.

Pel. Allá él, caballero; yo me lavo las manos.

Esp. Hace usted muy bien; es muy higiénico.

Pel. En el palco entresuelo número seis, me tienes con mi madre y con mi hermana, por si necesitas algo de mí.

Mod. ¿Eh? ¿Pero su señora madre piensa asistir a la representación?

Pel. Sí, señor.

Mod. (Esto se complica.)

Plác. ¡Silencio!...

Orosia (Por la derecha, primera puerta, con MARINA, EXAL-

TACION, SILVIA y BENITO.) ¡Ah! ¿Pero está aquí Pelayo?... (A Espina y Villamil.) Buenas tardes. (Los otros le contestan.) Venía a despedirme de Plácido.

Plác. Pues yo soy el que se despide de todos, por que tengo que marcharme con estos señores para asistir al otorgamiento de un testamento...

Mar. ¡Válgame Dios!

Silvia ¡Pero ni siquiera un día como el de hoy!...

Plác. ¿Qué quiere usted, señora? El sacerdocio de la profesión le priva a uno de toda libertad. Con el alma partida, con el corazón destrozado, tengo que ir a cumplir con mi deber. El sombrero, Modesto.

Mod. Lo tiene usted ahí afuera, señor don Plácido.

Plác. ¿Vamos, señores?

Esp. Vamos. (Tristemente.) Hasta luego.

Mar. ¿Tardarás mucho?

Plác. No sé, hija mía, no sé. Modesto: el Código.

Ben. Trabajas demasiado, Plácido. A todas horas vaya usted y venga usted...

Orosia Ya lo creo. Lo que toca esta tarde y en ese estado de ánimo, no debías salir, porque vamos, es ir a hacer el indio.

(Plácido se desvanece. Entre Espina y Villamil le sujetan. Todos dan un grito y acuden a él.)

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena dividida formando dos habitaciones, más grande la de la izquierda que la de la derecha. La habitación de la derecha, cuarto de un actor, tiene una sola puerta a la izquierda, es decir, en el centro del tabique que separa a ambas habitaciones. Hay en ella un tocador con aparato de luz, un perchero, un diván y varias sillas. La habitación de la izquierda, especie de cuarto de paso, tiene además de la puerta reseñada, otra en el foro y otra a la izquierda. Hay en ella una mesita, varios divanes y varias sillas. Las dos habitaciones están forradas de una cretona rameada de un color muy vivo. Es de noche.

—

(Al levantarse el telón están en escena, en la habitación de la izquierda, AURORA, MANOLITA, SERAPIA y FILOMENA, con PASQUIN y VILLAMIL. Las tres primeras están vestidas de indias salvajes, es decir, mallón chocolate, guantes oscuros, cuchitl de vivos colores y todas las plumas y adornos de vidrio que hayan tenido a mano. Filomena es una doncella pizpireta. Villamil está vestido como los caballeros del siglo XVI.)

Fil. (A Serapia, que está llorando.) Vamos, señorita Serapia, no llore usted más, que se la parchea el rostro.

Ser. (Hipando.) Cómo le digo yo ahora al autor...

Man. ¿Pero qué le sucede?

Fil. Nada, que su padre ha entrado y la ha visto y dice que una hija suya no hace de salvaje aunque lo sea, porque en su familia siempre se han guardado las formas.

Aurora ¡Jesús, hija, y qué sandez!

Pas. (A Filomena.) ¿Quién es el padle de esta señolita?

Fil. Don Matías Coseno, ese que es catedrático de Geometría del Instituto.

Pas. Tenía que sel un geómetla de plofesión, polque esas líneas tan lectas no las tlaza ningún amateul.

Ser. (Sin dejar de sollozar.) Mil gracias, caballero.

Man. ¡Pobrecilla!...

Fil. Lo que le ocurre a mi señorito es que está en la platea con cinco catedráticos más y teme que al salir a escena la señorita vestida de indígena, le gasten bromas.

Vill. ¡Bah!

Fil. Es que ya otra vez que salió a la *desabillé* haciendo el papel de diosa «Junio» en aquella obra «mirtológica», principiaron a decir los compañeros de claustro que la hija enseñaba los ángulos agudos mejor que el padre, y eso al señor Coseno le molestó muchísimo.

Aurora ¿Y qué piensa usted hacer?

Ser. No sé: mi padre ha entrado a hablar con el señor Espina, el autor.

Vill. Entonces trabaja usted, no se preocupe.

Man. Oiga usted, Villamil: ¿falta mucho para que termine el acto primero?

Vill. Más de media hora. Aún no he salido yo...

Aurora ¡Vaya una ovación que le han hecho al señor Cabrales!...

Vill. Claro, como el público no esperaba que trabajase, en cuanto que rompió a declamar y le reconocieron por la voz, empezaron a decir: «que no es Casado, que es Cabrales», y se lo comieron a ovaciones.

Fil. Es un artista que hay que verlo.

Vill. Pues esta tarde no lo encuentro yo muy en caja.

Pas. Anda, como que está feblil. Se puso el telmómetlo y tenía once décimas.

Man. Miedo que le tendrá a la comedia, porque aquí, para inter nos, yo creo que a este indio lo machacan.

Vill. El primer acto puede que pase. Como se desarrolla a bordo de un barco y entre españoles, pues el público se entera de lo que dicen los personajes; pero los otros dos actos, ¡camará! Nosotros trabajamos para la

Cruz Roja, pero me parece que la Cruz Roja va a trabajar también para nosotros, porque vamos, las sillas de los palcos nos las tiran.

Aurora ¡Ay, Dios mío! ¿Cree usted?...

Vill. Y con razón, señora. ¿A qué autor se le ocurre eso de que hablen los indios tal y como hablaban en los remotos tiempos de Cortés? Eso estará todo lo propio que se quiera, pero el público se va a quedar en ayunas.

Pas. Y tanto. Yo ví un ensayo y no entendí ni jota.

Fil. Ni yo.

Aurora Esos versos que yo digo en el segundo acto, sudé para aprendérmelos. (Recitando muy mal.)

Vengo de Lazca al Tezcuco
do mi cuchitl soy rompica
y el fronia súlpice abrica
cole vanga téndri arruco.

Pas. Muy bonito. ¿Y ese es todo su papel?

Aurora No; al final del acto, cuando los indios van a comerse a don Toribio Cortés, tengo siete bocadillos. No. — Ah — Sí. — Qué. — Ya. — Bah y Au.

Pas. Muy bonito. (Ruido de voces dentro.) ¿Eh?

Vill. ¿Qué pasa?

Ser. Me parece la voz de mi padre... ¡Sí! Tapadme.

(Entran por la puerta del foro ESPINA y MATIAS. Este último es un señor como de cincuenta años, muy bien portado. Vienen acaloradísimos.)

Esp. Con mi porvenir no se juega, caballero. Haga usted el favor de marcharse.

Matías ¿Sin mi hija? ¡Quiá!

Esp. (Amenazándole con un revólver.) Usted se marcha ahora mismo o le levanto la tapa.

Matías Está bien. Yo haré lo que debo hacer. (Se va por la izquierda.)

Esp. ¡Pues buenos tengo yo los nervios esta tarde! Y ahora voy a tener otra cuestión con Zaldívar, que dice que no quiere salir de cocodrilo porque está su novia en un palco. ¡Sí, sí! Ese sale de cocodrilo o le cuesta la vida.

Vill. El acto va muy bien, ¿no?

Esp. Hasta ahora sí. Un poco de miedo le tengo a las décimas de Cabrales.

Pas. ¿Está peol?

Esp. Aludo a las décimas que recita cuando la conjura. (Suena dentro un aplauso.) ¿Eh? ¿Qué? ¡Sí! Lo de la bandera. ¡Dios mío, que yo salga a escena aunque solo sea una vez! (Se va por el foro como un rayo.)

Man. ¿Qué habrán aplaudido?

Vill. Voy a ver. (Mutis por el foro.)

Pas. Debe sel el monólogo de don Tolibio, cuando descuble que la que él tenia pol madle es su nodliza y en cambio su madle es otla que él tenía pol una tía.

Aurora Voy a asomarme. (Se va por el foro.)

Pas. Y yo también. Yo con esta Sélica canto *El duo de la Aflicana* o me pego un tilo. (Se va por cl foro.)

Ser. ¿Crees tú que volverá mi padre, Filomena?

Fil. ¡Como él se empeñe!...

Man. Yo creo que debía encerrarse en su cuarto hasta el momento de salir a escena.

Fil. Dice bien la señorita.

Ser. Pues vamos. (Se van las tres por el foro.)

(Por la izquierda entra en escena MODESTO, vestido de indio. Estará como para pegarle veintidós tiros. En la pierna derecha trae puesta una esclava, que se le cae siempre que anda. Viene con las gafas puestas y estudiando su papel.)

Mod. (Declamando.)

¡Rezuma!... ¡Rezuma infiel!...
Arjul de belleza suma...

(Se lleva una mano al estómago.) ¡Caray! Por culpa de los malditos nervios no he comido carne esta mañana y estoy desfallecido. Y es que ya se sabe, como el filete tenga nervios, ni lo puedo masticar ni deglutir. (Llamando hacia la izquierda.) Oiga usted, Cebrián.

Ceb. (Portero con gorra galoneada.) ¿Qué manda usted, señor Bello?

Mod. Le estimaré que hable por teléfono con el café de Gijón y diga que me traigan un bisté de amigo: ya usted me entiende.

Ceb. Sí, señor. (Medio mutis.) ¿Lo quiere usted a la inglesa o a la española?

Mod. Lo más crudo posible, que estoy de indio.

Ceb. Perfectamente. (Se va por la izquierda.)

Mod. ¡Si en estos versos cupiera un latiguillo!... Bueno, hay que ver los versos. Espina dice

que esto es una silva, pero esto no es una silva, esto es una grita espantosa. (Declamando.)

¡Rezuma!... ¡Rezuma infiel!...
¡Arjul de belleza suma!
Calebrol de Motezuma
el curiel,
tengo la eticón volida,
la flama zozte rebrida,
y te juro por Artel
que serás Rezuma cruel
capistról de mi caída.

¡Caramba!, o yo soy un idiota o en esta caída hago un latiguillo que me ovacionan. Bueno, voy a ver si me pego estas hermosísimas napias. (Por unas narices que trae en la mano, de las que pende una anilla plateada) Se ha empeñado el autor en que he de salir con una argolla pendiente de las narices, y es claro, tengo que pegarme estas de cartón piedra, porque en las mías no veo la manera de sujetarme la argollita. (Entra en el cuarto de la derecha y durante la escena que sigue se pega la nariz)

(Por la puerta de la izquierda entran en escena BENITO y COSME. Este último es un señor como de sesenta años.)

Cosme Aquí tampoco hay nadie, Benito.

Ben. Asómate a aquél cuarto. (Cosme mira por la puerta entreabierta) ¿Está?

Cosme No.

Ben. ¿Quién hay?

Cosme Un indio poniéndose unas narices.

Ben. Subamos entonces. Por lo visto las señoras es visten en los cuartos de arriba.

Cosme Pero Benito, ¿tú estás seguro?...

Ben. Sí, y te juro, Cosme, que esa frescales no se ríe de mí.

Cosme Reflexiona a lo que te expones, Benito. Si alguien te ve aquí, casi entre bastidores, después de tus anatemas contra el teatro...

Ben. Hombre, no voy a tener la mala pata de tropezar aquí con ninguna persona conocida. Además, aunque tropezara no me importaría. Tengo muy bien arreglados mis asuntos, querido Cosme.

Cosme No lo dudo, pero...

Ben. Mira, tú te vas ahora mismo a mi casa, reunes a la familia y dices, jurándolo por tu honor, que acabas de dejarme en un escenario buscando a Aurorita Láinez, una de mis... protegidas y te cogen entre mi yerno y mi mujer, te dan unos pediluvios y llaman al doctor Esquerdo para que te reconozca.

Cosme ¿Hasta ese extremo los tienes engañados?

Ben. Hasta ese extremo. Mi mujer me cree un santo, mi hija un apóstol y el idiota de mi yerno cree que hago milagros, no te digo más.

Cosme Tú siempre fuiste un poco punto, eso es verdad.

Ben. Lo que me pasa es que tengo un ingenio como para venderlo en parcelas, y es claro, he conseguido lo más inverosímil: vivir en olor de santidad y ser al mismo tiempo un bacanalista.

Cosme Escucha, y para tirarte ese pároli, ¿qué es lo que haces?

Ben. Pues no salir de noche. Ya ves qué cosa tan sencilla. El marido que no sale de noche inspira en su casa una confianza ciega.

Cosme Eso es verdad. Mi mujer, aunque yo no parezca por casa durante todo el día, no le da importancia; pero si me paso la noche sin ir, se preocupa.

Ben. ¿Estás viendo? Claro que yo durante el día abuso: lo reconozco.

Cosme Eso que hiciste la otra tarde de entrar en Madrid montado en un piano de manubrio, del que tiraban ocho señoras, pudo costarte muy caro.

Ben. ¿Cómo muy caro? Carísimo. Me cobraron por el piano ochocientas pesetas. Y todo por complacer a Aurorita. Le dió la borrachera por llamarme Radamés...

Cosme Pues ya ves cómo te lo paga; aprovechándose de tu pena para venir a representar comedias, teniéndoselo como se lo tienes prohibido.

Ben. Tú vas a ser testigo de lo que voy a hacer con ella. Ven: seguiremos buscándola. (Inician el mutis por el foro.) Espera, que viene ahí mucha gente. Vente por aquí y daremos la vuelta.

(Se van por la izquierda. Entran por el foro PLÁCIDO, ESPINA y VILLAMIL. Vienen entusiasmados.)

Esp. ¡Nada, un monumento!

Vill. ¡Un coloso!

Plác. (Vestido ricamente a la usanza del siglo XVI. Trae puesta la luenguísima barba blanca del difunto Carrillo.) Gracias, señores; pero no sé cómo he podido dar pie con bola, porque tengo los nervios como alambres.

Mod. (Saliendo del cuarto de la derecha.) ¿Qué, cómo va eso, señores?

(Quedan todos admirados al verle.)

Vill. ¡Qué bruto!

Plác. ¡Qué animal!

Esp. Es un salvaje, un verdadero salvaje.

Mod. Señores, vuestras alabanzas me confunden. (A Espina.) Que ¿cómo va el acto?

Esp. Muy bien

Mod. ¿Pasó lo del fuego?... Cuando pregunta el capitán Bertoldo si hay fuego en la popa del barco.

Esp. ¡Ah! Sí, y pasó muy bien.

Mod. Lo celebro. No sé por qué en eso del fuego veía yo un peligro. La palabra popa será todo lo marina que se quiera, pero no es teatral.

Esp. No; si yo pensé haber localizado el fuego en otra parte, pero la fuerza del consonante... Como el timonel se llama «Juan sin ropa», que es un personaje histórico ..

Mod. Con haberle puesto «Juan sin tela» el público hubiera adivinado de quién se trataba y de ese modo, en vez de preguntar el capitán:

«¿Mas ¿qué miro, Juan sin ropa?
¿Sueño yo o arde esa popa?»

Hubiera dicho:

«Mas ¿qué miro, Juan sin tela?
¿Yo sueño o arde esa vela?»

Porque es más lógico que arda una vela que no una popa, digo yo. En fin, allá cada cual.

Vill. ¡Claro!

Mod. ¿Y las décimas de usted, señor Cabrales?

Plác. ¡Oh! Han sido un éxito loco.

Mod. No aludo a las décimas métricas, sino a las termométricas.

Plác. ¡Ah! Pues aumentando. Tengo verdadera fiebre.

Esp. Oiga usted, amigo Bello, ¿no se le desprenderá la nariz, ¿verdad? Porque con el peso de la anilla...

Mod. Pierda usted cuidado. Me la he pegado con un mastix que tiene ahí el señor... Cabrales, que vaya un mastix bueno. Al principio tira un poco y escuece; pero luego... Vea usted: haga usted el favor de tocarme las narices.

Esp. (Tocándole.) Es verdad. ¡Caramba, qué dureza! ¿De qué son?

Mod. Dicen que son de cartón piedra; pero yo creo que son de piedra nada más, porque esto no suena a cartón. (A Espina.) Haga el favor de sonarme y verá. (Al ver que Espina saca el pañuelo.) No, con un objeto duro.

Esp. ¡Ah! (Le da unos golpecitos.) Sí; tiene usted razón.

Plác. (A Espina.) Hombre, ¿qué fué lo que ocurrió en el público al salir yo a escena? Noté un revuelo... ¿Se han informado ustedes?

Vill. Sí; una señora, que estaba en un palco, que empezó a gritar: «¡El!... ¡Es él! .. Y cayó desmayada.

Plác. ¡Qué cosa tan rara!

Vill. Tuvieron que llevársela a su casa, porque cuando volvió a la vida no hacía más que decir: «Lo veo en todas partes... Hoy es día de los difuntos... Hoy es su día...»

Mod. Alguna histérica.

Plác. De seguro.

Esp. (Que está atento a los ruidos interiores.) ¡Callarse! (Quedan todos como estatuas.) ¡Caray! Creí que pateaban...

Mod. No, hombre; este primer acto gustará muchísimo, ya lo verá usted.

Esp. Dios lo quiera. Yo lo que deseo es salir a escena. Pisar las tablas una vez en mi vida. ¡Ah! Villamil, ¿tiene usted la barba canosa para el segundo acto?

Vill. Sí; ahí la tengo en el cuarto del señor Cabrales.

Esp. Muy bien. (Fuerte rumor y grandes risas dentro, lejos.) ¿Eh? ¡Ay, mi madre!

Plác. ¿Qué es eso? (Se acerca al foro.)

Esp. ¡Que se meten!... ¡Que se meten!...

Pas (Por el foro a todo correr.) No asustalse; no asustalse, que no es contla la obla. Es que a la Pacheco, al final de su escena, cuando hace la evocación del impelio lomano, se le han caído los pantalones.

Esp. ¡Jesús!

Mod. ¡Atiza!

Pas. El público se dió cuenta, ella se amoscó y mientras ploculaba con disimulo sacal los pies, se equivocó dos o tles veces y metió la pata. En vez de hablal del empeladol Tlajano, habló del empeladol Tlevijano.

Esp. ¡Maldita sea!... ¡La mato!... (Se va por el foro.)

Vill. ¡Por Dios, amigo Espina! (Se va tras él.)

Pas. Ha estado muy glacioso.

Mod. No le veo la glacia. (Coge una silla para tirársela a Pasquín.)

Pas. ¡Mi madle! (Se va por el foro.)

Plac. Tengo la corazonada, amigo Coco, de que esta tarde va a terminar el espectáculo a tiros.

Mod. Con tal de que nosotros salvemos nuestro pabellón artístico. Y lo salvaremos. Lo malo es que con los versos que ha escrito ese besugo de Espina, no hay lucimiento posible. ¿Mire usted que la ocurrencia de escribir en azteco clásico? A mí me van a tirar cacahuets, sobre todo cuando me arrodillo en el último acto y digo clavándome el puñal:

»Alburujú, burujú,
si vitalén atrazcala
decid que belinguan a la
cala jala. bala. jú...»

Plác. Menos mal que mi incógnito continúa bien guardado. En fin, voy a repasar las octavas reales que tengo que decir ahora al final de este acto. Bueno, el autor las llama octavas reales, pero hay algunas que tienen trece versos. (Entra en el cuarto de la derecha.)

Mod. (Entrando en el cuarto tras él.) Yo voy a ver si ensayo esas piruetas salvajes que quiere que haga a la salida. (Plácido se sienta ante el tocador, de espaldas a la puerta, y lee. Modesto comienza a hacer visajes y a pegar cabriolas.) Esto, más que indio, es sueco; pero puede servirme. (Continúa cabriolando.)

Ben. (Por el foro, con la lengua fuera.) ¡Pasquín! .. ¡Es

Pasquín!... ¡Lo he visto!... Viene hacia aquí con ella... A la calle; no hay más remedio... (Llega hasta la puerta de la izquierda.) ¡Dios mío!... ¡Mi amigo Coseno con un guardia!... ¡Me acorralan! ¿Estará ahí el indio todavía? No hay otra solución. (Entra en el cuarto de la derecha y entorna la puerta.) Con permiso.

(Modesto, que estaba en cuclillas haciendo una flexión de piernas, queda sentado en el suelo. Plácido, absorto en su estudio, no vuelve la cara ni se preocupa.)

Mod. (¡Mi abuela la de Andújar!)

Matías (Por la izquierda, con TORRES, guardia de Orden público.) Usted no necesita mandamiento judicial; esto es un lugar público.

Torres Bueno; pero es que usted me quiere a mí...

Matias Yo le requiero. Venga conmigo.

(Hacen mutis por el foro.)

Ben. (Mirando por la puerta entreabierta.) ¿Qué ocurrirá?

Mod. (Volviéndole la espalda a Benito, haciéndose el distraido y dándole con un pie a Plácido.) ¡Don... don Cabrales!... ¡Don Toribio!...

Pláс. ¿Eh? (Vuelve la cara y ve a Benito de espaldas.) ¡Hombre, qué fresco! Colarse ahí porque sí (Se levanta. Acercándose a Benito y poniéndole una mano en un hombro.) ¡Caballero!

Ben. (Volviéndose.) ¿Eh?

Pláс. (Lívido, trémulo, con la boca abierta.) ¡Ah!

(Este ¡ah! no es un grito, sino una cosa así como si le echara el aliento con fuerza para empañarle.)

Ben. Un momento. Ahora les explicaré... (Vuelve a mirar por la puerta.)

Pláс. (Apoyándose en una silla y volviéndole la espalda a Benito.) (El cataclismo.)

Mod. (A su lado y también de espaldas a Benito.) (Va a haber puñetazos y a mí me coge en camiseta.)

Pláс. (Aparte a Modesto.) No nos ha reconocido.

Mod. ¿Usted cree?

Pláс. Estoy seguro.

Ben. (Viendo que Pasquín, que entró un momento antes con Aurora por la puerta del foro en el cuarto de la izquierda, le coge una mano acariciándole.) ¡¡¡Ah!!!

Pláс. (Temblando.) (¡Ay!)

Mod. (Idem.) ¡Ya!

Ben. ¡Canallas!... (Plácido y Modesto no se atreven a volver la cara.) Para los dos habrá castigo...

¡Sí!... ¡Lo juro!... Señores, ustedes me dispensen. Ahora daré a ustedes todo género de explicaciones; pero necesito oir lo que hablan esa mujer que me traiciona y el miserable que la acompaña. Soy un caballero. (Entrega a cada uno una tarjeta y vuelve a mirar por la puerta volviéndoles la espalda.)

Mod. (A Plácido) ¡No nos ha conocido!

Plác. No. Pero... Una mujer que le traiciona... acaso mi suegra. (Leyendo la tarjeta.) Plácido Carrillo ¿Eh?

Mod. (Leyendo la suya.) Plácido Carrillo.

(Benito les mira y les impone silencio.)

Aur. (A Pasquín.) Pues usted tiene media lengua porque quiere; ¿usted no sabe que hablando con una moneda de dos pesetas en la boca desaparece ese defecto?

Pas. ¡Calay! ¿A quién le pedilía yo dos pesetas?

Aurora Puede que yo tenga: espere usted. (Registra su bolso de mano.) Sí; y bastante nuevecitas. Haga la prueba.

Pas. Aulolita, si lo que dice usted es cielto, le debelé mi polvenil y las dos pesetas. (Limpia la moneda.)

Aurora ¿Qué va usted a pronunciar?

Pas. El apellido de un amigo, que siemple que lo plonuncio se me pitolean. (Simula meterse la moneda en la boca y grita pronunciando mucho las erres.) ¡¡Romeo!!... ¡Ay!... ¡Ya!

Aurora ¿Usted ve? ¡Ya, hombre, ya!

Pas. Si digo que ya me tlagué las dos pesetas. ¡Pelo no me impolta. Estoy salvado. Dilé a mi suegla las flases saclamentales. Me caso pol dos pesetas! A vel, ¿quién me dá dos pesetas? (Se acerca a la puerta de la derecha. Benito la cierra y apoya el hombro para que no la pueda abrir.) ¿Se puede? (Llama con los nudillos)

Ben. (Á Plácido y Modesto.) ¡Silencio, por Dios!

Pas. Estalán en el escenalio. ¡Oh, Aulolita! Pelmítame usted que la ablace. (La abraza.)

Ben. (¡Ah, canalla!...)

Pas. Venga usted conmigo: voy a buscal dos pesetas. (Haciendo mutis por el foro con Aurora.)

Ben. (Mordiéndose una mano.) ¡Y no haber podido abofetear a los dos!... Ya puedo explicarme, señores. Me figuro que hablo con dos caballeros...

Mod. (Ahuecando un poco la voz y presentando.) El renombradísimo don... Germán Cabrales.

Ben. ¡Oh! (Le alarga la mano.)

Mod. Y.. Abel Bello, para servirle.

Ben. Tanto gusto. .

Mod. Puede sentarse, si le acomoda...

Ben. Aquí, guardando la puerta. (Toma una silla y se sienta ante la puerta.) Señores, no he salido a patear a ese imbécil que cortejaba a Aurorita Láinez, mi protegida... llamémoslo así, porque resulta que es un amanuense de mi yerno: y como en mi casa me creen un Gonzaga sexagenario, no iba yo a delatarme por golpe más o menos...

Plác. (Ahuecando también la voz.) ¿De manera que ese ricacho que... protege, llamémosle así, a la Lainez es usted?

Ben. Sí, señor: la carne es flaca, la chica es una monería y en algo se ha de gastar uno el dinero.

Plác. Bueno. ¿Pero usted es ese que le ha regalado los dos automóviles?...

Ben. Sí, señor; yo, yo.

Plác. ¡Caramba! Debe usted tener mucha renta.

Ben. Mucha, muchas no, pero como solo tengo una hija casada con un pobre diablo, que ni tiene familia ni sabe disfrutar del dinero, pues, ¡qué diantre! para que mi fortuna no vaya a parar el día de mañana a las casas de beneficencia, me estoy gastando alegremente la renta y el capital.

Mod. (¡Atiza!)

Plác. No está mal, no señor.

Ben. Yo soy así. Miren ustedes: este año entre Aurorita Láinez, Paca la del Trianón y Mercedes la de los ópalos, que también las protejo, pues llevo gastados unos treinta mil duros. (Plácido se tambalea.)

Mod. Caray, que se priva. (Le sujeta.)

Ben. ¿Eh?

Mod. No, nada; digo que aquí Cabrales se priva de muchas cosas y en cambio usted...

Ben. ¡Bah! Hay que pasarlo bien.

Plác. (Este libertino nos arruina.)

Ben. El hombre que no se divierte merece una jaquima con cucardas y todo. Ahora bien; como no hay diversión posible cuando la casa de uno es un infierno, pues yo procuro

cubrir el expediente y me divierto a nombre de mi yerno... Ya que él es tan idiota que no lo hace...

Plác. No comprendo.

Ben. Quiero decir que yo, para todas estas aventuras galantes, suelo usar el nombre de mi yerno.

Plác. ¡Caray!

Mod. No está mal, no señor, no está mal.

Ben. Hay que defenderse.

Plác. (Señores qué tío, y yo haciendo el indio.)

Tras. (Por el foro, llamando a la puerta de la izquierda. Llama cantando y tartamudea al hablar,) ¡Cabrales! ¡Señor Cabrales!...

Ben. ¿Eh?

Plác. Es el traspunte que, como es algo tartamudo, canta la frase. Adelante.

Tras. (Entrando en el cuarto.) A escena.

Plác. ¿Cómo va eso?

Tras. Regular. Lo de los pantalones de la Pacheco ha enfriado un poco y ahora Villamil en vez de decir que la tierra tiene polos, ha dicho que tiene pelos y se ha armado el primer pitorreo.

Mod. Ese Villamil es un zoquete... Porque si se tratara de otro vocablo; pero decir, pelos en vez de palos... (Se pellizca.)

Tras. (A Plácido.) No tarde, ¿eh? (Vase por el foro.)

Plác. (A Benito.) Con su permiso...

Ben. No faltaría más.

Plác. (Ya fuera del cuarto.) ¡Ah! Bello...

Mod. Voy. (A Benito.) Con el permiso de usted.

Ben. Es usted muy dueño.

(Sale Modesto del cuarto.)

Plác. (A Modesto.) ¿Pero ha visto usted?

Mod. Está usted de enhorabuena, don Plácido; posee usted un secreto que le erige en dueño de la situación. Alégrese usted.

Plác. ¿Qué me he de alegrar, cristiano? Un hombre que se está gastando la fortuna en... protecciones y... a mi nombre. ¡Caray!

Mod. Lo que es preciso es que no sepa nunca que nosotros somos nosotros.

Plác. Hay que echarlo de aquí.

Mod. Vámonos, que él se marchará.

Tras. (Dentro.) ¡Cabrales!

Plác. ¡Voy! (Haciendo mutis por el foro.) Aurorita, Paca la del Trianón y Mercedes la de los

ópalos. Tres, nada menos que tres... y a mi nombre. (Vase.)

Mod. No puede uno fiarse de nadie. Yo creía que este don Benito era un santo, sólo capaz de jugar al ajedrez y ahora resulta que juega con las damas y al tresillo. (Vase por el foro.)

Ben. (Riendo) Bueno. Cosme andará como loco buscándome. Le diré que aquí no puede permanecer ni un momento más porque hay Pasquines en la costa. Si no hay nadie, intentaré la salida y a la del Rey. (Entreabre la puerta y mira y ve a Pelayo y a Exaltación que entran en el cuarto de la izquierda por la puerta de dicho lateral.) ¡Dios mío! (Cierra la puerta y escucha)

Pel. Nada, nada; quiero que tú misma escuches cuanto voy a decirle.

Exal. Pero traerme aquí, Pelayo.

Pel. Es imprescindible. Espera. (Llamando hacia la izquierda.) Oiga usted: hágame el favor.

Ceb. (Entrando.) Mándeme usted.

Pel. ¿El cuarto del señor Cabrales?

Ceb. Aquel.

Pel. Gracias.

Ben. Estoy perdido. (Se apoya de espaldas en la puerta para que nadie pueda abrirla.)

Pel. (Llamando con los nudillos.) ¿Se puede?... ¿Se puede?...

Ceb. No debe de haber nadie. Creo que el señor Cabrales está ahora en escena.

Pel. Muchas gracias. Le aguardaré. (A Exaltación.) Siéntate. (Se sientan los dos. Cebrián se va por la izquierda.)

Ben. (Aterrado, mirando por el agujero de la cerradura.) ¡Y se sientan; y tarde o temprano van a entrar aquí y no hay escape posible! ¡Ahora sí que estoy muerto!... Es decir, no. ¡Benito!... ¡Benito!... Es preciso salir de aquí sin ser reconocido. (Acercándose al tocador coge una barba canosa que hay sobre él y se la pega)

Exal. Hemos debido decir a nuestra madre la verdad, Pelayo.

Pel. Nunca. Ella no debe saber jamás que la barba de nuestro padre ha sido ultrajada por quien tenía la obligación de respetarla.

Exal. Pero si ahora busca el estuche y pregunta a los criados..

Pel. Tienen la consigna de decirle que nadie ha ido a casa a recoger la barba.

Exal. Eso es peor. Dadas sus extrañas manías sobre la manía, sabe Dios cómo se explicará la desaparición del estuche.

Pel. Sí, le buscaré una explicación sobrenatural, pero cualquier disparate que ella piense, será preferible a que sepa la verdad.

Exal. ¡El susto que se llevó la pobre cuando salió a escena el tío Plácido! Yo creí que se volvía loca.

Pel. Es que el tío Plácido, con la barba de papá, se le parece como una gota a otra gota. Tanto se parece, que yo mismo...

Exal. (Viendo entrár a Cosme por el foro.) Silencio.

Cosme (Bueno, ese Benito es de lo que no se encorambra. Seguramente se ha colado en el cuarto de alguna actriz y le está haciendo el amor, mientras que yo estoy aquí haciendo el burro. ¡Uf! Estoy rendido. (Se sienta, saca un periódico y lee.)

Ben. (Que ha sustituído su sombrero por el de Modesto y que tiene ya puesta la barba se dispone a salir.) No hay quien me conozca. Además que, como ellos están a cien kilómetros de suponer... ¡Caramba! Cómo me escuece la piel y qué tirantez siento... En fin, vamos allá. (Abriendo la puerta.) Aunque me pinchen no hablo. (Sale del cuarto.)

Pel. (Al verle.) ¿Eh? (Se levanta.)

Ben. (¡Malo!)

Pel. Usted me perdone, caballero. ¿Está el señor Cabrales ahí en su cuarto?... (Benito le dice por señas que no.) ¿Y cree usted que tardará mucho?. . (Benito le indica por señas que no sabe.) Muchas gracias.

Cosme (¿Eh? Sí, hombre; si es Benito...) Pero escucha... (Benito le da un pisotón y se va por la izquierda.) (¡Mi padre!) (Ya lo creo que es Benito. ¿Pero por qué se habrá disfrazado de esa manera tan ridícula? Voy a ver. (Se marcha también por la izquierda,)

(Por la puerta del foro entran en escena MATIAS, TORRES, ESPÍNA, SERAPIA y FILOMENA. Serapia vestida aún de india y Filomena con un lío de ropas en la mano y un abrigo de señora al brazo.)

Torres (A Espina.) Nada, caballero; la razón es de quien la tiene y no hay más que hablar. Aquí la joven es menor y como el padre tiene derecho, pues se la lleva.

Esp. El padre no tiene derecho ni vergüenza.
Matias Idiota. (Le da una bofetada.)
Esp. ¡Ah!
Torres (Sujetando a Espina.) ¡Quieto!
Ser. (Sujetando a Matías) ¡Papá!
Tras. (Por el foro.) ¡Espina!... ¡El autor!... ¡Que le llaman!... Corra usted. (Se va. Suenan aplausos dentro y llamadas al autor.)
Esp. (A Torres.) Suélteme usted!...
Matías Imbécil.
Esp. ¡Que me llaman!
Torres (Sin soltarle.) Ya tomo yo nota.
Matías ¡Estúpido!
Tras. (Llamando.) ¡Autor!
Esp. ¡Por su madre de usted, guardia!... ¿Pero no oye usted que me llaman?
Torres Le repito que tomo nota.
Esp. ¡¡Maldita sea!!...
Torres (A Matías.) Haga usted el favor de marcharse.
Matías Sí, señor (A Serapia y Filomena.) Vamos.
Ser. ¿Pero así?
Matías Echate el abrigo. ¡Andando! ¡Imbécil!
(Se van por la izquierda Matías, Filomena y Serapia.)
Esp. ¡Y me han llamado!...
Torres (Soltando a Espina.) Yo he tomao nota de todo. Ya recibirá usted la citación. Buenas tardes. (Se va por la izquierda.)
Esp. (Dejándose caer en una silla.) ¡Y no he salido a escena!...
(Por el foro entran PLACIDO, MODESTO, VILLAMIL AURORA y MANOLITA.)
Vill. (Muy contento como todos los demás.) ¿Pero por qué no ha salido usted?
Aurora ¡Que lo han llamado!
Man. ¡Pero, hombre!
Plác. (A Modesto, que se ha asomado al cuarto de la derecha.) ¿Qué?
Mod. Voló. (Se acerca al grupo en que está Espina.)
Plác. Respiro. (Viendo a Pelayo y a Exaltación.) ¡Oh! Pelayito!... Pero, ¿cómo has dicho a tu hermana que yo?...
Pel. Ahora hablaremos.
Plác. Pasen, pasen a mi cuarto, que en seguida seré con ustedes... (Les hace entrar en el cuarto de la derecha.)
Mod. (A Espina.) Pero, hombre, ¿cómo no ha salido usted a escena? El público llama que te llama...

Esp. Hablemos de otra cosa, señores.

Plác. (Acercándose al grupo.) Enhorabuena, querido Espina. Ahora, que me parece que ha hecho usted muy mal en no salir a escena.

Esp. Bueno, a quien vuelva a hablarme de la salida a escena, le pego un tiro.

Mod. ¡Caray! Vaya una salida.

Tras. (Por el foro.) Haremos un entreacto cortito, ¿no?

Esp. Sí; y a ver quién puede sustituir a la señorita Coseno. Venga usted. (Se va con el Traspunte por el foro.)

Aurora ¿Pero qué le ha sucedido a la Coseno?

Vill. No sé; voy a enterarme.

Man. Vamos.

(Se van por el foro.)

Plác. (Entrando con Modesto en el cuarto de la derecha.) Aquí están ya, Cabrales y su augusto.

(Modesto se inclina y saluda.)

Pel. (Encajando la puerta. A Plácido.) Haga usted el favor de sentarse.

Plác. ¿Eh? ¿A mí de usted? Es acaso la barba la que...

Pel. Es la barba la que, sí señor.. Siéntese.

Mod. (Malo.)

Pel. (A Modesto) Y usted también.

Plác. Bueno. (Se sientan Plácido y Modesto.) Pues tú dirás.

Pel. Aguarden un instante, porque tengo que coordinar mis ideas. Quiero ser breve; pero contundente.

Mod. Perfectamente.

(Queda Pelayo pensativo.)

Pas. (Por el foro, en el cuarto de la izquierda y pronunciando muchísimo las erres.) ¡Arrope!... ¡Andorra! Bueno; hay que ver cómo pronuncio. Y nada de dos pesetas. (Sacándose la moneda de la boca.) Una pela golda (Se la vuelve a meter, haciendo mutis por la izquierda.) Navarra... Cotorra. (Vase.)

Exal. (Que se ha acercado a la puerta de la izquierda, atraída por la voz de Pasquín) (No; no es él. Este es un buen pronunciante y mi pobre Pasquín no redobla.)

Plác. Bueno, Pelayito, si es broma puede pasar, pero...

Pel. ¡Señor Carrillo!... El hombre que arteramente se apodera de lo ajeno, roba. Y si el ob-

jeto robado es una reliquia y él la utiliza en empresas profanas, infama ¿Me ha comprendido usted?

Plác. No, en mis días.

Pel. Más claro. Usted, aprovechándose de que estábamos en su casa, mandó a la nuestra por la venerable barba de mi padre... (Plácido se levanta.) para lucirla sacrílegamente en esta mojiganga indigna.

Plác. ¿Eh?

Pel. ¿Qué adjetivo aplica usted a su conducta?

Plác. (Perplejo.) ¡ Bello!!

Pel. ¿Cómo?

Plác. He dicho Bello, aludiendo a Coco.

Mod. (Me he caído.)

Plác. ¡Coco! ¿Qué dice Pelayo? ¿Esta barba?...

Mod. Sí, don Plácido, sí.

Plác. ¡Dios mío!

Mod. No había otra y como no está hecha con el pelo de su difunto hermano, sino con el rodete de mi finada tía...

Pel. ¡Miente usted!

Mod. ¡Esa palabra!...

Pel. (Sacando un revólver.) Y sepa que no tolero que al sacrilegio se añada la burla.

Plác. Yo te aseguro, bajo mi palabra de honor, querido sobrino, que ignoraba la procedencia de esta barba. De haberlo sabido no la hubiera usado jamás, que igual respeto que merece para ti el recuerdo de tu padre, merece para mí la santa memoria de mi hermano.

Pel. Te creo, tío Plácido, y celebro que así sea. Ahora bien, te suplico que te despojes en el acto de lo que no te pertenece. (A Modesto.) Usted y yo, señor Coco, ajustaremos cuentas muy estrechas

Mod. Don Pelayo, que estoy en elástica.

Plác. (Se dirige al tocador e intenta quitarse la barba.) ¿Eh?... ¡Caray!... ¿Pero qué es esto?

Exal. ¿Qué?

Plác. Que por más que tiro, no se despega.

Pel. ¿Es posible?

Plác. Ven: ven tú y tira.

(Intentan quitársela.)

Mod. ¡Qué atrocidad! ¿Pues qué clase de mastix nos ha traído ese babieca de Pasquín? (Coge el frasco.)

Pel. Aguarda: probemos humedeciendo un poco los bordes.

(Lo hacen.)

Mod. (Leyendo la etiqueta del frasco.) «Herculicón»... El mejor pegamento del mundo. ¿Um? (A Exaltación.) ¿Me hace el favor? A ver qué dice esta letra menuda...

Exal. Deme. (Toma el frasco y lee) «Pega los metales en frío. Pega las muelas y dientes postizos a las encías.»

Mod. ¡Qué atrocidad!

Exal. «Los pedernales unidos con esta mixtura se rompen por cualquier parte y no por la pegadura.»

Mod. Eso por lo pronto, pega muy bien.

Exal. «Pega el hierro, pega el cristal y pega la madera. Basta pasar una sola vez el pincel, pues el «Herculicón» pega con una sola mano.»

Pláс. ¡Y cómo pega! Vean ustedes, señores: me he hecho sangre y nada.

Pel. Es verdad.

Mod. ¡Qué espanto!

Exal. (Leyendo.) «Advertencia importantísima.»

Pel. ¿Eh?

Plác. ¿Qué?

Mod. ¿A ver?...

Exal. «El «Herculicón» no deberá emplearse jamás para pegar nada a la piel, pues cualquiera que fuese el objeto pegado quedaría adherido a la epidermis durante siete años como mínimum; es decir, hasta la total renovación de las células.

Mod. (Llevándose la mano a las narices.) ¡Ay, mi madre!

Plác. (Dejándose caer en un diván.) ¡Dios mío de mi alma!

Pel. (Aterrado.) De manera que durante siete años...

Plác. (Tembloroso.) ¡No!... ¡¡No!! ¡A ver: unas tijeras... pronto!

Pel. (Sujetándole.) ¿Qué vas a hacer?

Plác. ¿Eh?

Pel. (Amenazándole con el revólver.) ¡Si le llegas a la barba de mi padre, te pego un tiro!

Plác. ¡Pelayo! ¡Por tu madre!

Pel. ¡Por ella la defiendo!

Plác. ¡Pelayo; que yo tengo que volver a mi casa;

que a las diez es el rosario; que a las once es la apertura del testamento: cómo me presento yo con esta barba tan corrida!... ¡Por lo que más quieras en el mundo, deja que me depile.

Pel. ¡Ay de ti, si a esa barba se le quiebra un solo pelo!

Plác. ¡Pelayo!

Pel. Desde ahora me tendrás constantemente a tu lado y con tu vida, óyelo bien, con tu vida me respondes de esa reliquia.

(Modesto llora en un rincón y colgandose el pañuelo de la anilla, tira de él para arrancarse la nariz, dejándolo al cabo por imposible.)

Plác. Pero atiende a razones, Pelayito. ¿Cómo convenzo yo a mi mujer y a mi suegra, de que ésto... ésto, me ha salido de pronto?

Pel. ¡Allá tú!

Plác. ¿Cómo me justifico yo ante los clientes que ayer me han visto completamente mondado?

Exal. Váyase de Madrid.

Plác. Sí; para perder mi notaría, al instante. Si me permitieran ustedes recortármela un poco...

Pel. Vuelvo a repetirte, que la quiebra de un pelo será tu sentencia de muerte. Tu vida está pendiente de un pelo.

Plác. (A Modesto.) Y pensar que de todo esto tiene la culpa este miserable...

Mod. Vamos, hombre; respete usted mi dolor, ¿no ve usted que estoy llorando?

Plác. ¿Eh?

Mod. Lo de usted es una bicoca; una barba crecida la tiene cualquiera; pero ¿me quiere usted decir qué hago yo durante siete años con estas narices?

Pel. ¿Cómo?

Exal. ¿Pero también usted?...

Mod. Sí, señora; me las he pegado con Herculicón.

Exal. ¡Las narices!

Mod. (Por la anilla.) Y lo que cuelga.

Exal. ¡Dios mío!

Mod. Y menos mal que la anilla me la podré cortar con una lima; pero menuda operación: una semana con la nariz sobre la mesa y dale que le das...

Plác. No tendrá usted que hacer nada de eso, señor Coco.

Mod. ¿Eh?

Plác. Cuando salgamos de aquí, el primer estacazo de los que voy a darle, se lo daré en las narices.

Mod. Don Plácido, que yo no tengo la culpa de esto; que el único culpable es Pasquín. El debió comprar mastix y no esta porquería. ¡Dios mío!... Mi nariz, que era lo más correcto que yo tenía en la cara...

Esp. (Por el foro.) Sí, ya se lo diré; que empiecen. (Entra en el cuarto.) Señores, vamos a empezar.

Plác. ¡Por mí!...

Esp. ¡Ah! He dicho a esos que tienen que trasquilarle a usted la barba al final del acto, que procuren no hacerle daño.

Mod. (¡Atiza!)

Pel. ¿Qué está usted diciendo? ¿Pero le trasquilan la barba?...

Esp. Sí, señor. Bueno, que ya habrán levantado el telón. Prevenidos, porque ustedes tienen que salir en seguida. Y a ver si en este acto salgo yo. Hasta ahora. (A Pelayo y Exaltación.) Muy buenas tardes. (Sale del cuarto y se va por el foro.)

Pel. (Después de examinar su revólver.) Perfectamente. (Dirigiéndose al perchero y tomando una capa.) Esta es tu capa, ¿no?

Plác. Sí.

Pel. Pues póntela.

Plác. Pero...

Pel. Póntela o disparo. (Se la da y le ayuda a ponérsela. A Modesto.) Y usted, tápese. Exaltación, haz un lío con toda esa ropa.

(Exaltación mete toda la ropa que hay por allí en dos talegas.)

Mod. (Poniéndose un abrigo.) (Tenía razón don Plácido; esta tarde el espectáculo acaba a tiros y.. a tirones) (Se tira infructuosamente de la nariz.)

(Por la puerta de la izquierda entran en el cuarto de la izquierda BENITO y COSME. Benito viene apuradisimo.)

Cosme Vamos, hombre, no te pongas así.

Ben. Cosme de mi alma, que esto no se despega.

Cosme Aguarda, yo preguntaré lo que hay que hacer. ¿Crees tú que si los postizos no se despegaran iban los cómicos a ponérselos?

Ben. Pregunta, pregunta por Dios. (*Se deja caer en un diván.*)

Cosme Voy. (*Entrando en el cuarto de la derecha.*) ¿Se puede?... Ustedes me perdonen, pero deseo hacer una pregunta.

Mod. Usted dirá.

Cosme Nada. Que un amigo mío se ha pegado unos pelos con un pegamento que tienen ustedes aquí, y como ahora no puede despegárselos, pues está apuradísimo y desea saber qué procedimiento siguen ustedes para...

Mod. ¡Basta! Tome usted. (*Le da el frasco.*) Que lea, se empape... y pida al Altísimo la conformidad necesaria.

Cosme Un millón de gracias. El pobre se va a alegrar muchísimo.

Mod. Sí, sí

Cosme Buenas tardes.

Mod. Adiós, adiós.

(*Sale Cosme del cuarto.*)

Ben. ¡Qué! ¿Te han dicho?...

Cosme Sí; aguarda a que yo lo lea primero. (*Lee.*) ¿Eh?... (*Aterrado.*) ¡¡Azúcar!!...

Pas. (*Entrando por la izquierda, en el cuarto de la izquierda.*) ¡¡Arrope!!

(*Benito le vuelve la espalda.*)

Plác. (*Poniéndose su sombrero.*) Pero cómo voy a salir de esta guisa.

(*Pelayo le apunta con el revólver.*)

Mod. Bueno, yo a Pasquín lo hago tiras.

Pas. (A ver si notan que erreo.) (*Abre la puerta con mucho cuidado, asomando la cabeza, y dice muy sonriente!*) Espárrrago. (*Cierra la puerta y queda sofocando la risa, fuera del cuarto.*)

Exal. (¡Dios mío! ¡Si es él!)

Mod. (Cómo, ¿pero este imbécil se viene ahora con bromitas? Pues como vuelva a asomar la cabeza se la gana.) (*Coge una talega a guisa de maza y se coloca detrás de la puerta.*)

Cosme (¡Qué horror!... Yo voy a preguntar otra vez, (*Entreabre la puerta, asoma la cabeza y Modesto le atiza un talegazo*) ¡Mi madre!...

Mod. (¡Caray, qué plancha!) (*Cierra la puerta.*)

Exal. (*Saliendo del cuarto.*) ¡Pasquín!

Pas. ¡Amor mío!

Cosme (*Echándose fresco.*) Bueno, anda y que se jorobe. (*A Benito, entregándole el frasco.*) Toma y empápate.

Ben. Gracias. (Saca el pañuelo, lo moja en el frasco y comienza a untarse en los bordes de la barba.)

Cosme (Al ver lo que hace Benito.) ¿Pero qué estás haciendo, criatura? Lee, lee y espántate.

(Benito lee.)

Pas. Ven, daré la sorpresa a don Plácido y a don Modesto.

(Entran en el cuarto.)

Ben. (Medio muerto.) ¡¡¡Siete años!!!...

Pas. ¿Or;rdenan ustedes arrrgo?

Pel. Sí; cargue usted con esos líos.

Pas. ¿Pero?...

Pel. ¡Vamos!

Mod. (Que se ha quitado el penacho de plumas y se ha puesto un gabán.) Caray, este no es mi sombrero.

Pel. No importa.

(Modesto se coloca el sombrero: le estará grandísimo.)

Tras. (Por el foro.) Ya se están metiendo con los indios; claro, como no los entienden... ¡Cabrales!... ¡Bello!... ¡A escena!

Plác. (Atrancando la puerta.) ¡Voy!

Mod. (Idem.) Vamos.

(Se va el Traspunte por el foro.)

Pel. Eso digo yo, vamos. Saldremos por la puerta de Contaduría, para que nadie nos vea.

(Se disponen a salir.)

Ben. (Viendo a AURORA, que viene por la izquierda.) ¡¡Ah!!... ¡Tú!... (La agarra por los brazos.)

Aurora ¡¡Carrillo!!...

Plac. (Asustado.) Tapadme (Se va por el foro.)

Mod. No es a usted, hombre.

Aurora Pasquín, Pasquín mío, defiéndeme.

Exal. ¿Eh? ¿Tú suyo? ¡Ah!

Pas. (Consternado.) ¡Ay! Me tlágué la pela.

Pel. (Indicando la puerta del foro y amenazando a todos con el revólver.) Por allí o disparo. ¡Pronto!

Pas. ¡Yo te julo, Exaltación!...

(Esta le aparta de su lado.)

Pel. ¡¡Pronto!!

Mod. (Bonito mutis.)

(Se van por el foro Modesto, Pelayo, Exaltación y Pasquín.)

Ben. (A Aurora.) A tu casa, allí ajustaremos cuentas. ¡Largo!

(Aurora hace mutis por la izquierda.)

Cosme ¡Pero, Benito!

Ben. Cosme, Cosme de mi alma. Aconséjame.

¿Qué hago? ¿Qué digo en mi casa de esto? (Por la barba.) Dame una solución.

Tras. (Por el foro, a todo correr.) ¡Señor Cabrales!... ¡Señor Bello!... ¡Señorita Láinez!... (Entra en el cuarto de la derecha, ve que no hay nadie y se va a todo correr también por la puerta de la izquierda, repitiendo:) ¡Señor Cabrales!... ¡Señor Bello!... (Mutis. Dentro se oyen murmullos del público.)

Cosme No tienes más que una solución, Benito.

Ben. Cuál.

Cosme Levántate la tapa de los sesos.

Ben. ¡Cosme!

Cosme No hay otra.

Ben. ¡Sea!

Cosme ¿Tienes arma?

Ben. Sí Bajaré al foso y... (Abrazándole.) Adiós, Cosme, mi mejor amigo... (Llora.)

Cosme (Conmovido.) ¡Benito!... Si tienes algo que encargarme...

Ben. Sí. Vé a mi casa y prepara a mi mujer y a a mi hija... Haz que me perdonen. Adiós.

Cosme Adiós. (Se abrazan de nuevo llorando.) ¡Pobrecillo!

Ben. Es la mejor solución. (Se va por el foro.)

Cosme ¡Quien mal anda!... No somos nadie. (Se va por la izquierda.)

Vill. (Por el foro, como una bala.) ¿Pero dónde están? Cabrales... Bello...

Tras. (Por la izquierda, seguido de CEBRIAN, que trae el bistek pedido.) Bello... Cabrales... Nada, se han evaporado. (Hace mutis por el foro, tropezando con MANOLITA que entra al mismo tiempo.)

Man. ¡Menudo escándalo!

Vill. ¡Claro! Como que hace cinco minutos que no sale nadie a escena.

Man. ¡Dios mío!

Esp. (Por el foro, lívido.) Se han evaporado... ¡Mi ruina!... ¡Mi ruina!!... ¿Qué hacemos, Villamil?

Vill. Como no se encargue usted de los dos papeles...

Esp. ¡Ah! ¡Sí! Avíselo usted al público. Pronto. (Se van los tres por el foro.)

Ceb. Se han evaporado. Se han evaporado. Bueno; yo con comerme este bistek no pierdo nada.

Orosia (Por la izquierda. Viene un poco miedosa, un poco temblorosa.) Buenas tardes.

(Se oye dentro un aplauso.)

Ceb. Buenas tardes.

Orosia Una pregunta, amable portero.

Ceb. Usted dirá, señora.

Orosia Ese actor que hace el papel de don Toribio Cortés en el *Indio*, ¿podría yo verle?

Ceb. Anda, ¿pero no sabe usted lo que sucede?

Orosia ¿Eh? ¿Qué?

Ceb. Pues que ha desaparecido sin dejar rastro: vamos como si fuera un alma del otro mundo. (Orosia sofoca un grito y medio se cae.) ¡Señora!...

Orosia Nada; no es nada... Gracias.

Ceb. Pero...

Orosia Tome, para el postre. (Le da un duro.) Buenas tardes... Sí; sé lo que anhelaba saber. ¡Era mi difunto Teófilo! ¡Sí! ¡Era mi Teófilo! (Inicia el mutis. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón en casa de Placido. Muebles lujosos y del gusto más refinado. Una puerta en el foro y dos en cada lateral. Es de noche

(Están en escena, al levantarse el telón, AURELIANA, SILVIA, MARINA, BERTA, LUTGARDA, MATIAS y PINILLITA. Berta es anciana, Lutgarda, su hija, es novia de Pinillita, un muchacho bien... bien cursi. Menos Lutgarda y Pinillita, que están sentados muy acaramelados en un extremo de la escena, los demás rodean a Silvia a quien Aureliana ofrece una taza de tila.)

Mar. Otro sorbito, mamá, que la tila es lo más indicado.

Silvia (Muy nerviosa.) No puedo, Marinita, no puedo.

Aur. Vamos, Silvia.

Silvia Repito que no puedo. Tengo como obstaculizadas las dos vías, la respiratoria y la tragatoria.

Aur. Todo eso es puramente nervioso, de manera que haga un esfuerzo y desal... desob... ¡Jesús, qué tonta! Desas... Nada, que no me sale la palabra.

Matías Es muy sencilla: «desabstuquilose».

Berta Será «desabstacolusi».

Mar. No: «desabstoquilece».

Pin. (Riendo.) No saben decir «desabstaculasa».

Aur. Bueno, ya usted me entiende, Silvia; sobrepóngase, despeje la vía y beba otro poco.

Silvia (Intentando beber.) ¿Está usted viendo? Por más que hago por desobstaculizar, no desobstaculizo. Y es que tengo una cerrazón

de garganta que hasta los suspiros me salen a trozos.

Aur. Pues no tiene usted motivos para ponerse así; porque si fuera una hora descompasada; pero, por Dios, Silvia, que no son más que las diez.

Silvia Es que a Benito no le ha obscurecido jamás fuera de casa, Aureliana. Por eso la excepción en un día tan excepcional como el de hoy, me obliga a pensar en algo trágico.

Mar. ¡Mamá, qué exageración!... Ya ves, Plácido no ha vuelto tampoco y yo estoy tan tranquila.

Silvia No es lo mismo, hija mía. Plácido ha ido con don Modesto y con Pasquín a un quehacer testamentario y ya sabes que ha habido testamento que le ha ocupado desde las tres de una tarde hasta las nueve de la noche siguiente.

Matías ¡Qué atrocidad! ¿Treinta horas testando? ¿Qué dejaba aquel hombre?

Mar. Un millón de duros en legados de a diez pesetas cada uno, figúrese usted.

Matías ¡Qué paciencia!

Aur. ¡Oh! Los notarios tienen que revestirse de ella constantemente, caballero. Mi marido, que es también notario, le teme a un testamento más que a un reuma, porque dice que cuando se da con un testador testarudo, no hay manera de convencerle. Miren ustedes, hace unos días otorgó ante él testamento un picador de toros que se apellida Picavea.

Pin. Sí, le conozco; ese es un picador de Fortuna.

Aur. Pues por eso, sin duda, quiso testar y dice Pepe que le hizo sudar Watermans, porque parece que el tal Picavea tiene varias hijas naturales y una legítima, y él quería dejar toda la legítima a una natural y no a la legítima, como era natural. Porque, claro, como la legítima es una y la legítima era una, pues lo natural era que la legítima fuera a la legítima y no a la natural. Pues nada, no hubo manera de convencerle. Le explicó lo de los tres tercios en que había de dividir el caudal y todo en vano; no hubo manera de convencer al picador de que los tres tercios eran iguales.

Matías ¡Qué bruto!

Aur. El pobre Pepe estuvo con él más de catorce horas.

Pin. (Estos notarios engañan a sus mujeres de un modo que da rabia.)

(Un reloj da una campanada.)

Silvia ¡Ay! Las diez y media y Benito sin volver. ¿Dónde estará, Dios mío?

Matías Donde quiera que se encuentre, señora, estará haciendo algo bueno.

Berta Puede que esté a la cabecera de algún enfermo...

Mar. O haciendo alguna conversión. Las conversiones son su especialidad. Como tiene esa palabra tan persuasiva y esa imaginación...

Aur. Dicen que cuando se propone convertir a alguien, no repara en pelillos y se mete en todas partes. Creo que entra hasta en las tabernas.

Silvia Y con grandísima frecuencia, Aureliana. Algunas veces vuelve con un pestazo a ojén y a cognac...

Mar. ¡Es un santo!

Silvia Y que cuanto más huele más alegre regresa.

Matías Es un apóstol.

Berta Un ángel.

Matías Hace dos semanas me dijo que pensaba fundar en Madrid la Orden de los «caballeros catequistas y proteccionistas».

Silvia Sueña con esa fundación. La pobre tía Magdalena pensaba donarle quince mil duros para los primeros gastos. ¡Pobrecita!... (Llora.)

Aur. Vamos, Silvia, vamos... (Le coge una mano.) Está yerta y temblorosísima...

Mar. Gran culpa de su nerviosismo la tiene doña Orosia, la viuda de Carrillo. Ha estado aquí cuatro veces y la última con una excitación...

Berta Creo que ha dado en el teatro un espectáculo...

Pin. Que se desmayó nada más.

Aur. ¡Cómo! ¿Pero la señora del desmayo que gritaba Teófilo, Teófilo, era ella?

Mar. Sí. Dice que uno de los actores, el que hacía de Toribio Cortés, era su difunto marido.

Matías ¡Bah!

Silvia Y como al regresar a casa, después del des-

mayo se encontró con que habían desaparecido la barba de su esposo y el estuche en que la guardaba...

Aur. ¡Ay, Dios mío!

Mar. ¿Qué?

Aur. Que ligando una cosa con la otra...

Silvia ¿Cómo?

Aur. Ahora me explico yo... ¡Ay, Jesús, qué miedo!

Berta ¿Pero qué dice usted?

Aur. Que precisamente ese actor que dice ella que era su difunto esposo, fué el que estaba en su cuarto y de pronto desapareció dejando una ligera espiral de humo. (Todos se extremecen de terror.)

Mar. ¡Qué espanto!

Silvia No, si cuando ella insiste tanto en esa manía de que ve a su esposo en todas partes, tiene que basarse en algo.

Berta Sabe Dios; no es la primera vez que un alma purga en la tierra sus pecados.

Matías Siempre ha habido almas purgantes, y la de su esposo puede ser una de ellas.

Lut. ¡Qué horror!

Aur. (Que está nerviosísima.) ¡Ay! No sigan ustedes, por Dios, porque yo me pongo malísima. No lo puedo remediar. A mí las catástrofes mundanas no me impresionan, pero esas cosas de ultra-tumba, me afectan que me descomponen.

(Se oye hablar a OROSIA dentro.)

Mar. ¿Eh? ¿Quién habla? (Todos se asustan.)

Silvia ¿Es Benito?

Mar. No: es Orosia.

Silvia ¿Orosia? Pero si me dijo que no vendría al rosario de esta noche...

Aur. (Dios nos asista.)

Orosia (Por el foro.) Aquí estoy nuevamente. (Todos se ponen de pie.) ¡Quietos!... ¡Quietos todos!... Buenas noches, Coseno.

Matías Señora...

Pin. A sus piés, Orosia.

Orosia Le beso la mano, Pinillita... Lutgarda... Berta... Querida Aureliana... (Las saluda.)

Silvia ¿Y cómo tú por aquí? Me digiste que no volverías...

Orosia Te lo dije, es cierto; pero es que... (Se sientan todos.) Verás. No he vuelto a mi casa, Silvia.

Silvia ¿Eh?

Orosia Te contaré mis nuevas aventuras. Cuando salí de aquí a eso de las ocho, no pude resistir a la tentación de volver al teatro. Ahita de nerviosa y morbosa curiosidad anhelaba ver de cerca al Toribio Cortés que a mí me había parecido mi Teófilo. Porque es que yo pensaba con una lógica laminante, si es un actor, ahí estará, pero si es el alma de mi Teófilo, ¿qué tiene que hacer en el teatro no estando yo? El razonamiento era sólido como un mazo. Llegué, penetré en el departamento de los artistas, pregunté por él y ¡qué espanto, Silvia! Me dijeron que en aquel mismo momento el actor que hacía de Cortés acababa de evaporarse.

Silvia Ya me ha contado Aureliana...

Orosia Era él, Silvia, era él. Salí de allí pensando: ahora Teófilo irá a casa a devolverme la barba; se me aparecerá como otras veces, a la cabecera del lecho o surgiendo de entre los pliegues de un portier.

Aur. ¡Ay, qué miedo!

Orosia Tal sentí por primera vez en mi vida, Aureliana: miedo; mucho miedo. Me horrorizó la idea de hallarme con él a solas en mi casa y determiné no volver a ella.

Berta Muy bien hecho.

Orosia Recordé que tenía que comprar en la Carrera de San Jerónimo unas sobaqueras lavables, y como el auto se lo habían llevado mis hijos, tomé un coche a la hora para ir a la Carrera, y como era aún temprano vagué un rato en el simón por las calles; pero... ¡qué horror, Silvia!... ¡Qué horror, amigas mías! (Todos están pendientes de sus labios.) En la calle del Turco, un carro de hortalizas obstruía el paso. Mi coche pretendía entrar, otro coche pretendía salir. Se detuvo mi auriga venableando; el otro auriga detúvose también apostrofando al hortalicero; yo asomé la cabeza para inquirir lo que sucedía, y... ¡Madre mía del Socorro, qué espanto!.. (Todos están oyéndola sin respirar.) Del otro coche surgió primero una cara endemoniada, un rostro achocolatado con una nariz pachónica de la que pendía un dorado precinto; me aterré, sofoqué un grito y entonces surgió el

rostro plácido de mi Teófilo con el ampo nítido de su barba... No ví más: perdí el conocimiento. Cuando lo recobré miré afanosa y ví a Neptuno, tridente en mano, aurigueando a sus delfines. Estaba en el Ritz.

Pin. Se continuará.

Orosia ¿Cómo?

Pin. Digo que se continuará diciendo que todas esas visiones son fantasías de usted, pero, caramba, lo que acaba usted de contarnos no es una fantasía gaseosa sino una realidad tocable, porque yo he estado en el teatro y he sido testigo del escándalazo que se armó.

Orosia ¡Ah! ¿Pero ha habido escándalo?

Pin. ¡Menudo! Que le cuente a usted Aureliana.

Orosia ¿Pues qué ocurrió?

Aur. Nada, que salió un tal Villamil a decir al público que en vista de aquella desaparición tan misteriosa había que suspender la representación durante un rato, para ver quién se encargaba de no sé qué papeles. Como la gente estaba ya un poco iracunda porque llevaban un rato sin entender lo que hablaban unos indios, se inició un pateo formidable, y entonces, el autor, revólver en mano, se adelantó y dijo desde la batería: «como sigan ustedes pateando hago fuego; a mí no me estropean ustedes mi porvenir.»

Orosia ¡Jesús!

Aur. En aquel momento sonaron tres disparos, y qué escándalo no se armaría en el teatro que la policía tuvo que desalojar la sala.

Orosia ¡Qué «débacle», Dios mío!

Silvia ¿Pero cómo se atrevió a disparar?...

Aur. No: si él no disparó. Los disparos los hizo en el foso un señor de barba gris que andaba por allí cazando ratas.

Orosia ¡Qué cosa tan extraordinaria!

Pin. (Que ha sacado un periódico del bolsillo y lo está leyendo.) Aquí en el *Heraldo* se ocupan del asunto.

Lut. ¿A ver?

Mar. ¿Qué dice?

Aur. Traiga. (Leyendo.) «El escándalo de la Princesa... Una obra que no acaba... Actores que se evaporan... Un caballero cazando ratas... Cuando atraídos por las detonaciones penetramos en el foso del teatro, vimos en él a

un caballero de barba gris y aspecto elegantísimo que empuñando un humeante revôlver balbucía emocionadísimo: «Las he matado, las he matado. Allí están.» Al acercarnos al sitio que el caballero indicaba, vimos tres hermosísimas ratas que se estremecían agónicas agitando aun sus rabos respectivos.»

Orosia (Entusiasmada) ¡Cómo describen estos plumíferos!

Aur. (Leyendo.) «Interrogado el furtivo cazador, dijo llamarse don Plácido Carrillo.»

Mar. ¿Don Plácido Carrillo? (Coge el periódico.)

Silvia ¿Es posible?

Orosia ¿Cómo? ¿Plácido, un hombre tan ecuánime tiroteando a las roedoras?

Mar. (Leyendo.) «¡Plácido Carrillo!...» ¡Dios mío!

Matías Tenga usted en cuenta, Marinita, que hay muchos Carrillos en el mundo.

Mar. Sí, pero...

Silvia Si el periódico dijese Benito Palmada, yo no hubiera dudado de que se trataba de tu padre, porque tu padre ve una rata y se vuelve loco; no sé qué clase de terror supersticioso les tiene; pero tu marido... Además, que ahí dice un caballero de barba gris y Plácido es mondo como el celuloide.

Mar. Es verdad; eso me tranquiliza. Pero también es coincidencia...

Orosia ¿Y dónde está Benito, Silvia? ¿Se ha recogido ya?...

Silvia ¡Ay, Orosia!... Lo de Benito me tiene descentrada y angustiadísima.

Orosia ¿Eh? ¿Qué le ocurre?

Silvia Que aún no ha vuelto a casa.

Orosia (Levantándose.) ¿Eh? ¡Silvia!..

Silvia ¿Tú también te asustas?

Orosia Sí. La noticia me ha dejado exangüe. (Alargándole una mano) Toca, Sílvia...

Mar. Cree usted acaso que...

Orosia No sé, no sé. ¡Benito noctámbulo!... El, que llamaba trasnochadoras a las gallinas...

Silvia ¡Y un día como el de hoy!... ¡Ay, Dios mío! (Llora.)

Mar. Mamá, cálmate.

Berta ¡Por Dios!

Orosia Sí; cálmate y oremos. El rosario nos espera. Vamos al oratorio. Cuando el espíritu zozo-

bra en el piélago de la inquietud el rezo es un bajel, la oración un áncora, y la fe en Dios es como el espeso aceite que trueca las olas montañosas en blando «parqué capitoné.» Guíanos, Marina. Vamos, señoras. (Todos se levantan e inician el mutis por la derecha, primera puerta.)

Aur (No estoy tranquila en esta casa.)

Orosia (Mirando hacia el foro y pegando un grito.) ¡¡Ah!! (Todos pegan un salto, asustadísimos.) No, no es nada. Estoy tan nerviosa que creí que .. Ustedes me perdonen. (Mutis por la puerta indicada.)

Mar. ¡Jesús, qué susto! (Mutis.)

Silvia ¡Ay, Dios mío! (Idem.)

Bert. ¡Valiente repullo! (Idem.)

Aur. (Que casi no puede tenerse.) Esta señora me mata, me mata. Ayúdeme usted, don Matías.

Matías (Ofreciéndole el brazo.) ¡Caramba, qué nochecita!... (Hacen mutis los dos.)

Lut. Jesús, hijo mío, tengo el corazón que me aporrea.

Pin. A ver, monina. (Se van por el sitio indicado.)

(Queda un instante la escena vacía. Por la puerta del foro, y guardando todo género de precauciones, asoma la cabeza BENITO. Se ha recortado un poco la barba, pero todavía se le conoce muchísimo.)

Ben. Gracias al llavín no me ha visto nadie. (Se acerca a la puerta de la derecha y aplica el oído.) Lo que suponía: están en el oratorio; el campo es mío. (Saca un espejito y unas tijeras y se reorta la barba) Bueno, el cuento que voy a colocarle al cándido de mi yerno y a la no menos cándida de mi esposa, lo mando a *La Esfera* y se lo dan a Sorolla para que lo ilustre. Es mucho cerebro el mío. Nada, que si en vez de liarme a tiros con las ratas me lío a tiros conmigo mismo, como era mi propósito, hago el canelo de una manera escandalosa. En fin, me encerraré en mi despacho, daré forma a la historia milagrosa que se me ha ocurrido y esta noche mi yerno me corta un trozo de americana para ponerlo en un relicario. ¡Cuando yo digo que tengo medio watio en cada pupila!... (Se va por la segunda puerta de la derecha.)

(Por la primera puerta de la izquierda, y guardando también todo género de precauciones, entran en esce-

na, primero RAIMUNDA, doncella de la casa, y luego MODESTO. Modesto se ha quitado la anilla que colgaba de su nariz, pero la nariz no ha logrado arrancársela.)

Raim. No hay nadie, están en el oratorio.

Mod. ¿Está usted segura, Raimunda?

Raim. Segurísima, señorito.

Mod. (Hablando hacia el lateral.) Pueden ustedes pasar.

(Entran en escena EXALTACION, PASQUIN, PELAYO y PLACIDO. Este último con el traje del acto primero y con su ampulosísima barba.)

Pel. (A Modesto.) De manera que usted cree que debemos hablar con don Benito para urdir entre todos la sabia mentira que justifique...

Mod. Sí, señor. En esta casa, don Benito define siempre ex cátedra como usted sabe; cuanto él dice es artículo de fe, y como gracias al secretillo que poseemos le podemos obligar a que nos ayude...

Plác. Con qué sórdido placer he de escupirle al rostro los nombres de Aurora Láinez, Paca la del Trianon y Mercedes la de los ópalos. ¡Ah!

Pas. (A Exaltación.) ¿No oyes? Convéncete: Aurora Láinez es cosa suya y no mía.

Exal. ¡No se me acerque!... ¡No me hable!...

Pel. Pero quién se iba a figurar que don Benito, con ese aspecto de magistrado dormilón, era un juerguista.

Mod. Raimunda.

Raim. Señor.

Mod. Busque a don Benito, y con todo género de reservas dígale que el señor desea hablarle.

Raim. Pero si el señor no ha venido.

Mod. ¡Y dale! ¿No te he dicho ya cuatro veces que el señor (Por don Plácido.) a pesar de la barba es el señor?

Raim. Pero si yo aludo al otro señor, a don Benito, que aun no ha vuelto.

Plác. ¿Eh?

Mod. ¿Qué?

Pel. ¡Caramba!

Pas. ¿Que no ha vuelto?

Exal. ¡Qué cosa tan rara!

Raim. La señora está asustadísima.

Plác. Y es para estarlo. No me gusta esto, Pelayo, no me gusta esto, Coco.

Mod. Ni a mí. Recuerde que según nos dijo, él lo sacrifica todo a que su familia lo crea un justo.

Plác. Justo, así nos lo manifestó cuando Pasquín hablaba con Aurorita, su protegida.

Pas. ¡Falso!

Plác. Su protegida de él.

Pas. (A Exaltación.) ¿Lo oyes? Su protegida de él. Muy bien construído, don Plácido.

Raim. Un momento. Acaban de llamar a la puerta. Puede que sea él.

Plác. Ojalá, porque si no es él, si él no me auxilia... (Vase Raimunda por el foro. Modesto, como si fuera a cascar una nuez, mete la nariz en el quicio de una puerta y hace experimentos a ver si se la arranca.) Bueno, no sé cómo aun abrigo esperanzas de salvación, porque, no hay que ser ilusos, señores: yo estoy definitivamente perdido. Sabe Dios la de atrocidades que habrá hecho mi suegro a mi nombre; sabe Dios la famita que yo tendré por ahí.

Mod. Con desmentirlo y justificarse...

Plác. Parece usted tonto. ¿Con qué cara digo yo que soy inocente? ¿Cómo puede justificarse un señor que empieza por llevar una barba postiza? Hay para pegarse y... (Se da un cachete.)

Pel. Cuidadito con lo que haces, tío Plácido.

Plác. ¿Es que tampoco voy a poder pegarme?

Pel. En las mejillas, no, que chafas las hebras.

Raim. (Por el foro, con una tarjeta en la mano.) No es don Benito, es este caballero, que desea hablar urgentemente con cualquier persona de la familia.

Plác. (Toma la tarjeta y lee.) Cosme Costa y Caspe.

Mod. ¡Cáspita!

Plác. Que pase, Raimunda.

Raim. Sí, señor. (Vase por el foro.)

Plác. (Sentándose.) Estoy muerto; las emociones fatigan como las caminatas.

Mod. Yo tengo una neuralgia aquí en los parietales, y es del peso de la nariz, porque hay que ver lo que pesa esto.

Pas. Pues si tuviera usted en el estómago dos pesetas cuarenta céntimos... Porque yo pronuncio la erre; pero mi dinero me cuesta, caray, que parezco una máquina de tragar perras.

Pel. Silencio.

Raim. (Por el foro.) Pase usted, señor.

Cosme (Entrando.) Muy buenas noches.

Todos Buenas noches.

Mod. (Caracoles, el del talegazo.) (Procura no ser visto por Cosme.)

Pel. Pase usted y siéntese, caballero.

Cosme Muchas gracias. (Sentándose.) (Estas caras... ¿Dónde he visto yo esta barba?...)

Pel. Usted nos dirá..

Cosme ¿Es usted el yerno del señor Palmada?

Pel. El yerno es este señor. (Por Plácido.)

Cosme Muy señor mío.

Plác. Para servirle...

Pel. Los demás somos amigos de la casa...

Cosme (Por Exaltación.) Y esta señorita...

Pel. Amiga también...

Cosme Celebro que así sea, porque lo que tengo que decirles no debe ser oído, sin previa preparación, ni por la esposa ni por la hija del señor Palmada.

Plác. ¡Cómo! ¿Pero acaso?.. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia a mi suegro?

Cosme Al hablar de su suegro, caballero, yo le aconsejo que se ponga en lo peor.

Plác. En lo peor estoy desde hace un rato muy largo, señor Costa.

Cosme Pues bien: Benito nació para mártir y su nombre figurará en el martirologio. ¡Qué caridad la suya! ¡Qué bondad la suya!

Mod. (Poniéndole una mano en el hombro.) Caballero.

Cosme ¿Eh?

Mod. En el teatro le dí sin querer un talegazo en el occipucio; aquí y como prosiga usted sobándonos los bucles le voy a dar en el frontal con un lingote.

Cosme ¿Pero?...

Mod. Conocemos la vida de la crápula del señor Palmada. Basta de hipocresías y díganos lo que tenga que decirnos, sin adornos retóricos

Cosme Pues bien, sea. Benito Palmada ha entregado su alma al Señor. (Sensación.)

Plác. ¿Eh?

Mod. ¿Cómo?

Exal. ¡Dios santo!

Cosme Se ha hecho justicia y se ha levantado la tapa del cráneo.

Plác. ¡Jesús!

Pel. ¡Qué espanto!

Pas. ¡Qué horror! (Pronunciando muchísimo las erres.)

Mod. ¿Pero qué causa le ha impulsado a esa fatal resolución?...

Cosme ¿Y usted lo pregunta, caballero? Usted y solo usted es el causante de su muerte.

Mod. ¿Yo?...

Cosme Benito estuvo en el teatro de la Princesa; para salir de allí sin ser reconocido por no sé qué parientes, se pegó una barba. No pudo despegarse la barba porque usted no me indicó el procedimiento y antes que volver a su casa con una barba ridícula, como era un hombre y no un gallina, se mató.

Plác. (Sujetándole por las solapas.) Eso de gallina lo dice usted por mí?

Cosme Caballero, no comprendo...

Pel. Por Dios, tío Plácido; que el señor ignora...

Plác. Tienes razón.

Exal. ¡Virgen santa!

Raim. ¡El pobre señorito!... ¡Qué catástrofe!

Mod. (Preocupadísimo. A Cosme.) Bueno, ¿pero a mí por qué me echa usted el muerto?

Cosme Yo no; si yo... Benito al despedirse de mí, me dijo: «Cosme; ese actor que te ha pegado en vez de decirte como se despega lo pegado, es el que me mata. Pero yo me vengaré de él, te lo juro: mi espíritu trastornará sus sueños y sus vigilias.»

Mod. ¡Caray: pues estoy apañado!...

Plác. ¿Y muerto él, quién me salva a mí?

Pel. ¡Pobre don Benito!... Ha sido un valiente.

Plác. No: valiente, no.

Pel. Sí: valiente, tío.

Plác. Valiente tío, yo. El suicidio implica cobardía. Valiente el que confiesa sus culpas; valiente el que afronta el ridículo; valiente el que se arroja a los piés de su esposa y le dice: «escúpeme, maldíceme, despréciame...» ¡Valiente, yo!

Pel. ¿Tú vas a hacer eso?

Plác. ¡Sí!

Pas. (A Cosme) Y dígame, el cadáver insepulto...

Cosme Aun estará en los fosos del teatro de la Princesa. Yo, desde la calle escuché los tres disparos y cuando ví el escándalo que se armó

y que la gente salía del teatro aterrada, huí como loco de aquel lugar.

Pel. Bien, caballero; le agradeceremos que averigüe si han trasladado ya el cadáver al depósito judicial, entre tanto mi hermana y yo, preparamos a esas pobres mujeres. Ellas querrán saber...

Cosme Por teléfono le trasmitiré el resultado de mis averiguaciones.

Pel. Gracias.

Cosme Señores, lamento el haberles proporcionado este rato tan amargo, pero el deber impone a veces sacrificios cruentísimos.

Plác. Gracias. Acompáñele, Pasquín.

Cosme Muy buenas noches. (*Se va por el foro con Pasquín.*)

Pel. Vamos, Exaltación. Hay que preparar a esas infelices.

Exal. A nosotros nos toca pasar ese mal rato.

Pel. No hay más remedio. (*Se van por la derecha primera puerta.*)

Plác. Modesto: lléguese al despacho de mi suegro, que esté en gloria, y tráigame ese libro que él compró y que se titula: «La química en la mano». Voy a ver qué dice de los pegamentos y de su eficacia.

Mod. Mandaré a Raimunda, porque yo... Vamos, no es que yo sea supersticioso, pero después de las amenazas del difunto...

Plác. ¿Le da a usted miedo?

Mod. Reparo nada más. Porque si son ciertas las teorías de doña Orosia, el alma del señor Palmada debe estar ahora en su despacho o detrás de algún mueble...

Plác. ¡Imbecilidad!... Vaya, Raimunda; ya sabe usted: un libro de piel roja...

Raim. (*Con cierto miedo.*) En el... despacho...

Plác. Sí: en el despacho.

Raim. Voy, sí señor. (*Se santigua y hace mutis por la segunda puerta de la derecha.*)

Plác. Traígamelo al bufete

Mod. Perfectamente.

Plác. (Sí: estoy decidido: confesaré ante todos mi culpa y sea lo que Dios quiera.) (*Mutis por la izquierda primer término.*)

Mod. No me ha hecho gracia eso de que el muerto creyera que por mí.. ¡Bah! Soy un estúpido al preocuparme, porque las almas cuan-

do se desprenden de las piltrafas corpóreas lo ven todo con una claridad meridiana y a estas horas ya sabrá don Benito que yo, como él, soy una víctima del «Herculicón»; porque hay que verme. Y menos mal que mi primo Cayuela, el peluquero, tenía una sierra de pelo y ha logrado cortarme la anilla. (Por la segunda puerta de la derecha entra en escena RAIMUNDA, viene lívida, descompuesta, dándose trastazos con las paredes y con los muebles y hace mutis por la segunda puerta de la izquierda, no sin antes tirar una silla y medio matarse.)

Raim. ¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi tía!...

Mod. ¡Caracoles! ¡Pero criatura!.. ¡Mi abuela! ¿Habrá visto algo en el despacho?... No, pues yo no voy. A mi macabrismos, no (Viendo entrar a Pasquín por el foro.) Oiga usted, Pasquín.

Pas. Servidor.

Mod. Va usted a llegarse por un libro, ahí... al despacho de don Benito. ¿Usted sabe donde está?

Pas. Sí, señor, al final del corredor. He ido muchas veces porque don Benito me presiaba las obras de Julio Verne y otras de cacerías y de indios, que son las que a mí me gustan.

Mod. Pues este es un libro de piel roja.

Pas. Será muy interesante.

Mod. Se titula «La química en la mano.»

Pas. ¡Ah! Yo creí...

Mod. Y está sobre la mesa. Vaya por él.

Pas. Ahora mismo. (Se va por la segunda puerta de la derecha.)

Mod. (Tocándose las narices.) Lo que más me preocupa de esto de la nariz es que como yo tengo la costumbre de dormir boca abajo, caray, voy a estar molestísimo. (Dentro suenan algunos objetos de cristalería que se hacen añicos.) ¿Eh? ¿Dónde ha sido?..

Pas. (Por donde se fué, trae los pelos de punta, viene muerto de miedo y tropezando también con todo,) ¡Me la he tlagado!. . (Pega un salto y se va por la izquierda primer término.)

Mod. ¡Señores, qué cosa tan rara! Primero Raimunda, y luego éste. ¿Habrán visto algo?... ¿A que resulta que eso de los manes es un hecho? No; pues yo por el libro no voy. (Se sienta de espaldas al lateral derecha.) Las apari-

ciones para el gato. (Estornuda.) ¡Caramba! ¿Y cómo me sueno teniendo las ventanas de piedra? (Intenta sonarse.)

Ben. (Por la derecha segunda puerta,) Hay que ver lo que desfigura un poco de barba. La pobre Raimunda se ha llevado un susto que ni que hubiera visto un alma en pena. Bueno, y de Pasquín no hablemos... Caramba, pues no es para tanto (Estornuda Coco tres veces seguidas.) ¡Bien lo ha cogido! (Vuelve a estornudar Coco.) Así se le han puesto al pobre las narices. (Vuelve Modesto a estornudar.) Jesús María...

Mod. Muchísimas... (Vuelve la cara, ve a Benito y queda como petrificado, nada de gritos ni de saltos, sino como petrificado y en una postura graciosa.)

Ben. (Caray con la barbita y lo que choca.)

Mod. ¡¡Don Benito, no me lleve!!

Ben. ¿Eh?

Mod. ¡Usted, que ahora lo ve todo claramente, verá que yo soy una víctima!...

Ben. (A este le coloco yo el cuentecito para que empiece a correr.)

Mod. (¡Caramba, si parece!...)

Ben. Sí, Coco, esta barba es una barba milagrosa.

Mod. (Yo necesito convencerme.) Don Benito...

Ben. ¿Qué?

Mod. Si yo le toco a usted, ¿le toco o no le toco?

Ben. ¿Ha bebido usted, don Modesto, o es que no ve más allá de sus narices? Vamos, siéntese usted aquí a mi vera, que le tengo que contar una cosa muy interesante.

Mod. Sí, señor. (Se sienta a su lado y le toca miedosamente.) (Bueno, este fresco es un vivo, que es lo que importa)

Ben. Le voy a contar a usted la historia de esta barba.

Mod. Sí, señor.

Ben. Verá usted. Estaba yo en la iglesia de San José, donde como usted sabe suelo pasarme la tarde, cuando de pronto se iluminaron los ámbitos, sonó una música celestial, se abrió la cúpula y descendió de los cielos un ángel alabastrino recostado en una nube marfileña.

Mod. (¡Señores, qué tío!)

Ben. Yo me quedé estático, marmóreo, arrobado...

Mod. (¡Qué ladrón! A-rrobado.) Muy bonito, don Benito, muy bonito. Bueno, ¿y qué era?

Ben. Era el ángel de la paz que pedía sacrificios y penitencias para que la guerra terminase. Y como para mí lo más mortificante que hay en el mundo es una barba, me he pegado ésta y la he de llevar siete años. ¡Siete añós, Modesto!... (Se levanta satisfecho.)

Mod. (Este hombre no es redactor-jefe de *Alrededor del Mundo* porque no le da la gana.)

Ben. (Se lo ha creído.)

Mod. (Vaya un tío embustero.)

Ben. ¿Eh? ¿Qué le parece a usted?

Mod. Le repito, don Benito, qué bonito, muy bonito.

Ben. Pues yo le suplico, amigo Coco, que cuente esto del ángel a mi mujer y a mi hija, porque en vista de la impresión que causa mi barba, cosa que no me explico, sentiría darlas un susto...

Mod. Me parece muy bien. Yo hablaré con ellas y les trasmitiré ese relato fielmente. Entretanto, conviene que se encierre usted en su despacho. Yo le avisaré cuando sea oportuno...

Ben. ¿Cómo va usted a avisarme?

Mod. Llamándole. Cuando oiga usted que le llaman...

Ben. Perfectamente. Allí aguardo. (Haciendo mutis por la derecha segunda puerta.) (Gracias a este imbécil me parece que voy a escapar muy bien.)

Mod. Bueno, ese hombre es el faro de la desfachatez. Ahora, que gracias a él voy a salvar a don Plácido, porque a mí no se me ocurría nada para salvarle; pero voy a ver si le fusilo ese cuento del ángel y... Por lo pronto diré al señor Carrillo que su suegro vive y que veo el porvenir sonrosado. (Vase estornudando por la izquierda, primer término. Por la derecha primera puerta, entran en escena OROSIA, EXALTACION, LUTGARDA y PINILLITA.)

Orosia ¡Qué horror!... ¡Qué horror! ¡Benito muerto! ¿Pero cómo ocurrió la desgracia?

Exal. Pues... (Yo no digo que se ha suicidado.) Nada, una distracción. Que al apearse en marcha de un cangrejo se le olvidó soltar la mano, y es claro, el tranvía le arrastró largo

trecho, arrojándole al cabo, magullado y sin vida.

Orosia ¡Jesús!

Lut. ¡Qué atrocidad!

Pin. ¡Esos cangrejos tienen una pata!

Orosia Dice usted bien. Yo no los tomo ni siquiera antes de comer, y eso que algunas veces por no tomarlos llego tarde.

Matías (Por la derecha, primer término, con AURELIANA y PELAYO.) ¡Pobre Benito! ¡¡Muerto!!... Claro, así tardaba tantísimo.

Pel. Exaltación, lleva a Silvia el frasquito de sales.

Exal. Voy. (Mutis por la derecha primera puerta.)

Orosia Yo no quiero verlas, no quiero verlas.

Aur. Ni yo. ¡Dios mío, qué noche!...

Matías (A Pelayo.) Oiga usted, ¿y cómo ha sido?

Pel. Pues verá usted... (Ocultaré lo del suicidio.) Nada, que se fué dando un paseo a... San Antonio de la Florida, y como el pobre era un santo, vió que estaba la iglesia abierta y entró a orar.

Matías Siempre lo mismo.

Pel. En esto, una gran araña de cristal que colgaba de la bóveda se desprendió, le cayó encima y le dejó incrustado en el reclinatorio.

Aur. ¡Qué horror!

Orosia ¿Cómo? ¿Pero entonces no le ha matado un cangrejo?

Pel. No, señora, una araña...

Orosia Pues Exaltación acaba de decirnos...

Pel. Es que a ella le... le ocultamos la verdad para no impresionarla... Voy a ver cómo siguen... ¡Las pobres!... (Me pondré de acuerdo con Exaltación, porque si no ..) (Mutis por la derecha, primera puerta.)

Aur. Me parece que voy a marcharme sin despedirme de Silvia ni de Marina, porque. . vamos, estoy que... Han sido muchas las impresiones que he recibido yo durante todo el día.

Matías Sí; la encuentro muy desencajada.

Pas. (Por la izquierda, primera puerta.) (Qué ha de estar vivo; eso es que Coco lo ha visto como yo y cree que está vivo. ¡Caray, mi suegra! Esta es la mía.) (A Orosia.) Muy buenas noches. Arra, erre, irri, orra. .

Orosia (Admirada.) ¿Eh? ¿Pero usted?...

Aur. ¡Ay, Dios mío! Este hombre se ha vuelto loco.

Matias (A Aureliana.) Sin duda con la impresión...

Pas.

Rápido al olvido corro
y pues mi amor no se borra,
ronco de pedir socorro
vengo a que usted me socorra.
Arre, erre, irri, orro.
Arre, erre, irri, orra.

Aur. ¿Pero qué hacen que no lo amarran?

Pin. ¡Qué chusco!

Orosia (A Pasquín.) Ya hablaremos de eso, caballero, porque en estos desgraciadísimos y espeluznantes momentos para mí no hay más erre que la del requiescat.

Pas. Está muy requetebién. (Me la he ganado.)

Berta (Por la derecha, primera puerta.) ¡Jesús, Jesús!.. ¡Qué cuadro!... ¡Pobres criaturas!

Aur. Dios mío; aquí vienen esas infelices.

Orosia ¡Válgame Dios!

(Por la primera puerta de la derecha entran en escena PELAYO, SILVIA y MARINA, con EXALTACION.)

Pel. Vamos, Silvia, y tú, Marina, resignación.

Orosia ¡Silvia!...

Silvia ¡Orosia!

(Se abrazan.)

Orosia ¡Ya estamos iguales, hija mía!

Berta Vamos, Marina, no te anegues.

Aur. ¡Era un santo!

Orosia El contempla en este instante vuestras lágrimas y os bendice.

Aur. ¡Ay, Orosia, no empiece usted por Dios!

Orosia Sí, os bendice. Su espíritu flota a nuestro alrededor. ¿No lo sentís? ¿No experimentáis una sensación vaga y extraña? (Todos demuestran cierto miedo, muy especialmente Aureliana.) Es él. Benito... (Llamando a voces.) ¡Benito!... ¡¡Benito!!

Silvia ¡Calla, Orosia, calla!...

Mar. ¡Dios mío! (Se acerca a la puerta de la derecha, primer término.)

Orosia (Como antes.) ¡¡Benito!!

Silvia (Cerca también de la puerta indicada.) Orosia, calla o me voy.

Exal. Mamá, que nos pones nerviosas.

Orosia (Como antes.) ¡Benito! ¿Estás ahí?

Ben. (Dentro) ¡Sí! (Quedan todos en una pieza.)

Matías (Muerto de miedo.) La... la voz ha salido de allí... (Indica la segunda puerta de la derecha y quedan todos con los ojos clavados en dicha puerta.)

Plác. (Asomando la cabeza por la primera puerta de la izquierda.) (¿Qué sucede?)

Ben. (Apareciendo de pronto en el umbral de la segunda puerta de la derecha) Dios sea loado. (Grito general de terror. Por la puerta del foro huyen Berta, Lutgarda, Pinillita y Pasquín. Por la primera puerta de la derceha hacen mutis como cinco rayos, Silvia, Marina, Exaltación, Matías y Pelayo.) (¡Caballeros, con la barbita!)

Orosia (De espaldas a la primera puerta de la izquierda, con el brazo extendido y los pelos de punta.) ¡Te veo, Benito, te veo!..

Plác. (El susto se lo va a llevar ese fresco cuando me vea a mí.) (Surge de pronto y se queda mirando a Benito.)

Ben. (¡Mi abuela!... ¡¡Cabrales!!) (Desaparece.)

Plác. ¿No lo dije?

Orosia (Secándose el sudor que mana de su frente.) ¡Fuese!

Plác. Celebro que haya quedado aquí Orosia para darle una explicación..

Orosía (Sin dejar de mirar a la segunda puerta de la derecha.) ¿Qué tendré yo, Dios mío, que a mi invocación surgen los espíritus con monacal obediencia? (Se vuelve y ve a Plácido.) ¡¡Ah!! (Se deja caer sin fuerzas en una silla.)

Plác. ¡Orosia!

Orosia ¡Déjame!... ¡No me atormentes más!... Yo no tuve la culpa de aquello; te lo juro... Fué él quien me sedujo. Me dijo que tú tenías una amante y yo por vengarme...

Plác. (¡Caray, pobre Teófilo!)

Orosia ¡Déjame!.. ¡¡Déjame!!...

Plác. De manera que tú, miserable...

Orosia (Retrocediendo y haciendo mutis por la primera puerta de la derecha.) ¡Sí!.. ¡No!... ¡Basta!. . ¡Déjame!... ¡Déjame!... (Se va.)

Plác. ¡Señores, qué humanidad! Ahora resulta que mi pobre hermano, a pesar de estas barbas era un infeliz.,.

Mod. (Por la primera puerta de la izquierda.) ¿Qué pasa?

Plác. Nada. Esos, que han visto a Benito y se han llevado un susto... Entre, dígales que vive y

si me salva como me ha prometido, cuente con doble sueldo desde el día primero.

Mod. Ahora va usted a ver quién es Coco: qué actor es Coco y qué inventiva tiene Coco.

Plác. ¡Ah! Que Orosia, mi cuñada, me ha creído su marido.

Mod. Todo está previsto en mi plan. Quedarán justificadas las barbas de usted y de don Benito. Vuelvo en el acto. (Se va por la derecha primera puerta.)

Plác. Bueno, antes he de advertir a mi suegro.. (Se acerca a la segunda puerta de la derecha y llama.) ¡Don Benito! Haga usted el favor... Lo que es de ahora en adelante como no se divierta a nombre de un tío suyo... (Se sienta y toma el «Heraldo» que dejó Pinillita sobre una mesa.) Por que vamos, es que... ¡Caramba! Hasta los periódicos se ocupan de lo del teatro. El escándalo debe haber sido morrocotudo. (Leyendo.) ¿Eh? Esto no lo conocía yo... Un tío matando ratas... (Ríe) ¡¡Plácido Carrillo!!... ¡Es decir él... digo yo!... ¡No! ¡El ridículo, no! (Llamando como un energúmeno.) ¡¡¡Don Benito!!!...

Ben. (Por la derecha, segunda puerta.) ¿Pero usted... digo tú?...

Plác. ¡Querido suegro!...

Ben. (¡Caray!)

Plác. Es molesto, molestísimo, que Plácido Carrillo proteja a Aurorita Láinez, a Paca la del Trianón y a Mercedes la de los ópalos, sin catarlas; es decir, que estando a las duras no esté a las maduras y ya usted me entiende.

Ben. Pero... Está bien. De manera que aquel Cabrales a quien yo hice mis confidencias... eras tú. De manera que tú...

Plác. No es hora de reconvenciones; ya hablaremos usted y yo cuando sea oportuno. Ahora precisa que justifiquemos nuestras barbas respectivas.

Ben. ¡Cómo! ¿Pero tú también?...

Plác. Sí.

Ben. Entonces estoy perdido: no me sirve el cuento.

Plác. Coco ha jurado salvarnos: confiemos en él. (Rumor de voces dentro.) ¡Cuidado! Prudencia y dignidad.

Silvia ¡Dios mío! ¿Pero es posible?... (*Entrando en escena.*) ¿Dónde está?... ¡Benito! ¡¡Benito!! (*Le abraza y medio se accidenta.*)

Mar. (*Entrando muy contenta.*) ¡Papá!... (*Le abraza.*)

Ben. ¡Oh! (¿A qué vendrá este efusivismo?...)

Silvia ¡Ay, qué alegría! .. Pero escucha, ¿esa barba?...

Mar. Verdad.

Ben. Ahora Coco explicará a ustedes. .

Silvia (*Advirtiendo la presencia de Plácido.*) No había reparado... Muy buenas noches.

Mar. (*Idem.*) Buenas noches.

Plác. ¡Cómo! ¿Pero es posible que no me conozcan ustedes?

Mar. (*Aterrada.*) ¡Plácido!... ¡No!

Silvia (*Idem.*) ¡Tú!

Plác. Yo. Sí.

Mar. ¡No!

Silvia ¿Pero qué significa?...

Plác. Ahora Coco os explicará...

Matías (*Con Orosia, Exaltación, Pelayo y Modesto por la derecha, primera puerta.*) ¡Aquí está! (*Abrazando a Benito.*) ¡Que sea enhorabuena!... ¡Vivo!...

Ben. ¿Eh?...

Matías ¿Ven ustedes cómo es un vivo?

Pel. ¡Quién lo duda!

Ben. (¿Pero es que me ofenden?...)

Orosia (*Por Plácido.*) (¡Qué plancha me he tirado!)

Silvia ¿Cómo sigue Aureliana?

Exal. Incapaz; tiene un ataque

Mod. Han quedado sujetándola el pinche y los dos criados del comedor.

Ben. ¿Pero qué le sucede?

Silvia Nada; que te vió y se asustó muchísimo.

Ben. (No me lo explico.)

Orosia (*A Pelayo.*) ¿Pero cómo tiene ese hombre la barba de tu padre?...

Pel. Ahora te lo explicará Coco, que dice que lo sabe. (*Llamando.*) Coco...

Mod. Don Pelayo. .

Pel. Que deseamos saber eso que usted ha visto y que tanto le ha conmovido.

Mod. ¡Ah! Lo de... (*Se seca una lágrima.*) Sólo de recordarlo se agolpan las lágrimas a mis ojos. ¡Estos dos santos!... (*Besa la americana primero a Plácido y luego a Benito.*)

Orosia Pero...

Raim. (*Por el foro.*) Señora...

Silvia ¿Qué pasa?

Raim. El señor Pasquín que se ha puesto muy enfermo.

Exal. ¿Eh? ¿Qué tiene?

Raim. Una cosa rarísima: está ahí en el recibimiento vomitando pesetas y perras gordas.

Exal. ¡Dios mío! ¡A ver! ¡Pronto! Una taza de té y una hucha.

(Se van por el foro Exaltación y Raimunda.)

Mod. Eso no será nada. Es que el pobre se impresionó tanto cuando el milagro de don Plácido y de don Benito...

Matías ¿Un milagro?...

Pel. ¡Arrea!

Mod. Un milagro, sí; lo contaré si es que tengo fuerza para ello, porque la emoción... (Se seca otra lágrima y besa de nuevo las americanas de Carrillo y Palmada.)

Silvia ¡¡Un milagro!! El corazón me late... Sentáos.

Mod. Regresábamos a casa a eso de las siete, don Plácido, el pobre Pasquín y este humildísimo contable, cuando al pasar por la Iglesia de las Calatravas, dijo este santo (Por don Plácido.) al ver la puerta entreabierta «entremos a orar». Penetramos y hallamos en el templo a don Benito, que con los brazos en cruz rezaba místicamente el trisagio.

Silvia (Mirando a Benito cariñosamente.) ¡Siempre lo mismo!

Mod. Cambiamos una muda salutación, caímos de rodillas sobre tres sillas, pues es notorio que son al par que sillas reclinatorios... (¡Caray, que me está saliendo en verso!) Y cuando mediábamos una salve, vimos que se trocaba la penumbra del templo en un ascua de luz.

Ben. (Este me va a pisar el cuento.)

Mod. De pronto vieron nuestros ojos atónitos que la cúpula se abría y que descendía de los cielos un alma marfileña, recostada en una nube alabastrina.

Ben. (Al revés.)

Pláс. (Este Coco tiene una imaginación...)

Mod. Yo me quedé estatuico y mucho más estatuico al oír que don Plácido decía: «¡Teófilo, hermano!..» y que balbucía don Benito golpeándose el pecho: «¡Es Carrillo, Carrillo!».

Orosia ¡Dios mío!

Mod. Sí, señora; era el alma pura, el alma santa de aquel egregio varón que fué su esposo.

Orosia ¿Y habló?...

Mod. Habló. ¡Qué momento!... Con una voz dulcísima que envidiaría un óboe... dijo: ¡Plácido, alma predilecta, de quien ya se habla en la gloria!... ¡Benito, corazón generoso y limpio! ¡Yo fuí un necio; presumí de barba y mi estúpida vanidad me retiene en el Purgatorio! Plácido, manantial de bondad, sé de buena tinta que si alguien se mortifica por mí y lleva durante siete años mi barba, dejaré yo de padecer. Aquí la tengo, ¿la quieres?... ¡Pónmela, gritó don Plácido ¡Vengan pelos!, añadió heroicamente don Benito. Un estampido hizo retemblar las paredes; yo caí de narices sobre el pavimento, que aún se me nota. ¡Qué espanto ... Cuando, dueño de mí; alcé la frente y miré a mi alrededor, vi a don Plácido barbudo y privado; a don Benito también privado y también piloso, y oí emocionadísimo que un coro de ángeles entonaba un «Hossanna» y cantaba esta estrofa que quedó para siempre grabada en mí ánima:

Pechos sencillos,
frentes amadas.
Santo es Carrillo...
Santo es Palmada...

Orosia (Entusiasmada.) ¡Santo, sí, santo!... (Llora.)

Silvia (Idem.) ¡Benito!... (Llora.)

Matías ¿Pues no estoy llorando?

Mar. ¡Esposo mío!. . (Llora)

Pel. (¡Señores, qué tres sinvergüenzas!)

Mod. (Bueno, esto está arreglado; doble sueldo... Me conmueve de verdad.) Permítanme que les bese la americana. (Les besa las americanas)

Plác. (Aparte a Modesto.) Gracias; cuente con el doble más la mitad.

Ben. (Idem.) Le protegeré.

Mod. (¡Caray!)

Orosia Plácido, no en tu americana, sino en la nítida barba que te ofrendó mi esposo deseo posar mis labios.

Mar. Y yo.

Silvia Y todos.

Matías Sí, besémosla.

Orosia Adorémosle.

(Uno a uno le van besando la barba.)

Mod. (Lo que es la vida. ¡Quién le iba a decir a mi pobre tía que toda esta gente le iba a besar el rodete!)

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

50 POR 100 DE AUMEN